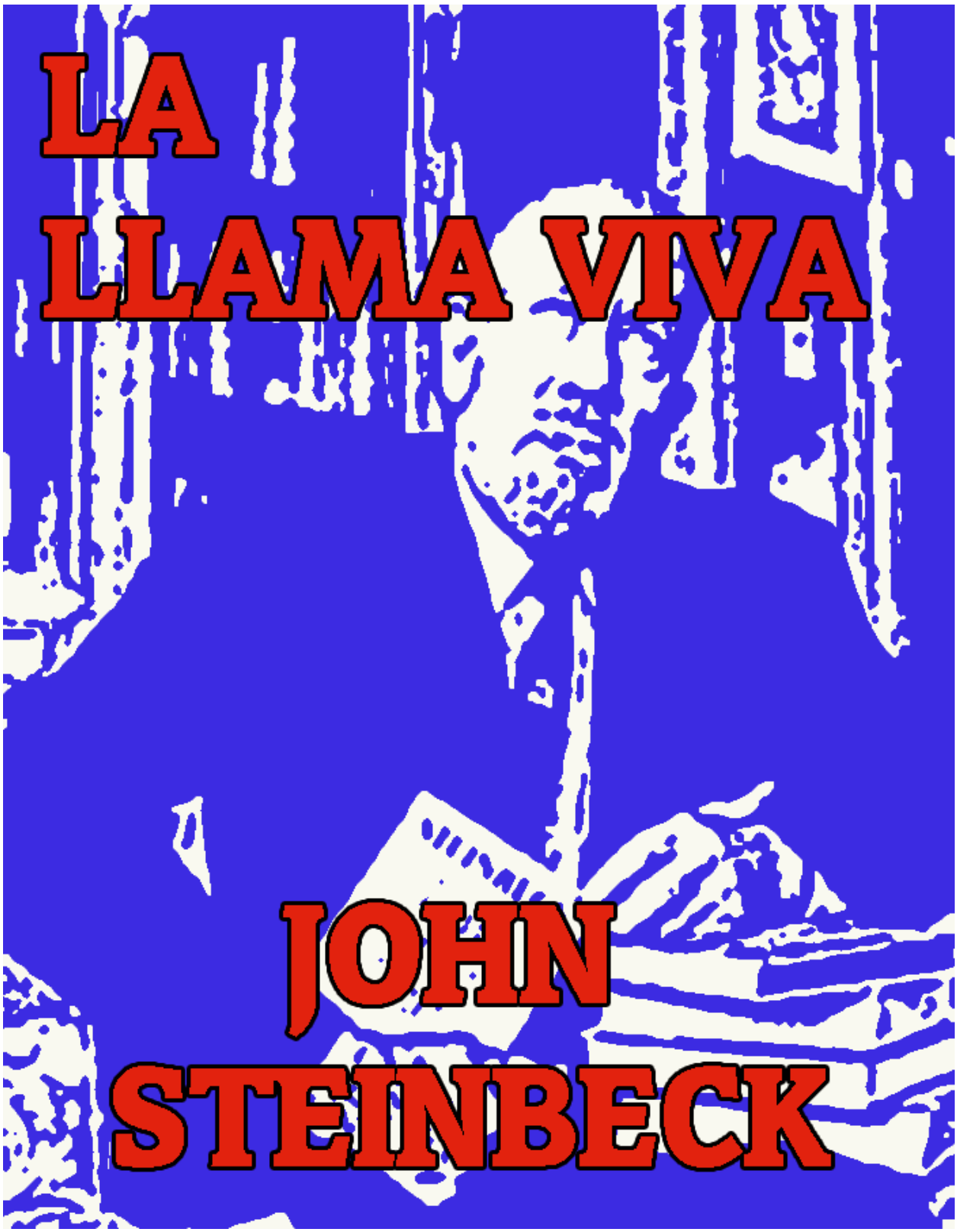
La llama viva
JOHN STEINBECK



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ACTO PRIMERO

EL CIRCO

La lona que hacía las veces de pared del vestuario estaba desteñida y presentaba manchas de agua de tinte pardo, con rozaduras verdes dejadas por la grama y franjas de moho, y a través del tejido penetraban agujas de luz solar. En el suelo se veían los brotes de cebada cortada al ras y que se elevaban como penachos rodeados de tierra negra. Cerca de una de las paredes de lona había un baúl muy castigado por los viajes, con franjas y esquineras de bronce mate, con su tapa levantada y que dejaba a la vista un espejo tan grande como la superficie de dicha tapa.

Joe Saul estaba sentado en una silla plegadiza de lona, frente al baúl. Se hallaba desnudo hasta la cintura, pero tenía puestos sus pantalones ajustados y las zapatillas. Restregaba el polvo amarillo en su cara y se pintaba de negro los ojos... sin mayor cuidado.

Un hombre delgado y fibroso de mediana edad; tal era Joe Saul. Los músculos de sus maxilares se contraían por el esfuerzo y dos cuerdas tensas se dibujaban a ambos lados de su cuello. Sus brazos eran blancos y surcados por venas azules, y mostraban músculos alargados desarrollados por el acto de aferrarse y estar colgado, contrariamente a los músculos nudosos de quienes levantan pesas. Sus manos eran blancas, de dedos estrechos en la base y redondeados en los extremos, y tanto las palmas como los dedos tenían callosidades formadas por la cuerda y la barra fija.

La cara de Joe Saul era tosca y con algunos pozos de viruela; sus ojos parecían grandes, obscuros y relucientes dentro de sus bordes, señalados por el lápiz. Terminó de disfrazarse y tomó del baúl un frasco de tinte obscuro para el cabello, vertió un poco en un cepillo y aplicó el líquido a su tupida cabellera, que ya estaba encaneciendo, sobre todo a la altura de las sienes. Luego guardó con cuidado en el baúl tanto los polvos como los frascos, se puso la camisa sobre los pantalones ajustados y se ciñó el cinturón de lona. Sólo en una pequeña prominencia se revelaba el abdomen por encima del cinturón. Se reclinó en el respaldo de la silla y flexionó las manos, de tal manera que los delgados músculos de ambos antebrazos saltaban a la vista.

Desde fuera llegaban sonidos de la función que estaba representándose: pregón, tirada poética y sencilla música de vals de tiovivo, mezclados con el murmullo de la gente que iba reuniéndose. Y algo más cerca se oían los gruñidos de los leones, los resoplidos de los elefantes, gruñidos o chillidos de cerdos y los bufidos de los caballos, enojados por el lamento de bronce de un trombón de circo.

Joe Saul dobló sus manos y se puso a mirarlas. Desde el otro lado de la cortina llegaron tres silbidos que substituían la llamada a la puerta.

- ¡Adelante! - dijo Joe Saul, y Friend Ed apartó la cortina y entró. Friend Ed era más ancho de hombros, más alto y pesado que Joe Saul, más lento en sus movimientos y en la palabra. También él estaba vestido y disfrazado, un gran payaso con adornos en el cuello, en las muñecas y en los tobillos, traje blanco con grandes lunares rojos, y pies tan grandes y encorvados como duelas de barril: la cara blanca, gran nariz de goma, boca negra triste y líneas negras sobre los párpados. Bien arriba, sobre la frente, estaban pintadas las «V» invertidas del asombro. Había creado en su rostro una mirada de sorprendida perplejidad. Solamente su tupido cabello negro y las manos eran suyos. Llevaba en la diestra una peluca de calvo con una corona de pelo rojo brillante y dos grandes manos falsas.

Joe Saul cerró la tapa del baúl para dejar un sitio en donde aquél pudiera sentarse; Friend Ed dejó caer en el baúl su peluca y las manos falsas, se sentó en el borde y comenzó a mecer de un lado para otro sus blandos pies de payaso.

-¿Dónde está Mordeen? - inquirió.

-Fue a sentarse con el niño de la señora Malloy - dijo Joe Saul-. La señora Malloy fue al correo para enviarle un giro postal a su hijo Tom - comentó con acento monótono-. Su hijo Tom, «*mi hijo Tom*». Como tú sabes, está estudiando en la Universidad.

Joe Saul se irguió en su silla.

-Estoy seguro, Friend Ed, y no es la primera vez que te lo digo, que la señora Malloy tiene un hijo que se llama Tom que ya está en la Universidad y sólo tiene diecinueve años. ¿Oíste hablar de eso, Friend Ed? ¿No oíste hablar de eso veinte mil veces?

Friend Ed abrió su negra boca, de manera que asomaron el rojo interior de los labios y los dientes blancos y pequeños.

-No lo maldigas, Joe Saul - dijo-. Ni tampoco a ella.

-¿Quién está maldiciendo? - inquirió Joe Saul, volviendo a reclinarse y apoyando ambas manos en las rodillas -. Ella es una buena mujer - manifestó-. Y me imagino que si uno tiene un hijo que se llama Tom en la Universidad, se siente con la cabeza rodeada por un halo divino; pero yo no me atre vería a maldecirla. Me alegro por ella. Es una mujer simpática.

-Escúchame, Joe Saul; te estás dejando arrebatar por los nervios.

-No.

Friend Ed miró hacia bajo y observó las manos de Joe, que cerraban los puños.

-Eso que estás haciendo es una cosa nueva. Es un gesto impuesto por tus nervios.

Su pie dejó de mecerse. Joe Saul fijó la mirada en sus manos.

-No sabía que estaba haciéndolo - expresó-. Pero tienes razón, Friend Ed. Me domina un exceso de energía. Siento como una comezón o rozamiento bajo mi piel.

-Te lo veo venir, Joe Saul. No es cosa que me sorprenda, sólo que ya es tarde. Es muy tarde... Quería saber por qué tan tarde. Han transcurrido tres años desde que murió Cathy. Fuiste fuerte cuando perdiste tu esposa. Entonces no te dominaban los nervios. Y ya pasaron ocho meses desde que el Primo Will cayó fuera de la red. Tampoco entonces te dominaron los nervios. Víctor es un buen compañero, ¿no es cierto? Dijiste que lo era. Y no es la primera vez que un Saul haya caído fuera de la red en incontables generaciones. ¿Qué te sucede, Joe Saul? Estás creando una desazón en el aire que te rodea como si fuese una nube de mosquitos en una noche calurosa.

Joe Saul cerró los puños, los miró y luego hizo que las manos se entrelazaran para mantenerlas quietas.

-Víctor trabaja bien - dijo -. Tal vez mejor que el Primo Will. Es algo a lo que uno se acostumbra. Yo podía percibir el ajuste y precisión de Primo Will. Yo conocía su respiración y su pulso. Primo Will era mi sangre y mi ser; éramos productos de mil años, los productos finales. Tengo que pensar con respecto a Víctor, pensar en lo que hará. Yo podía sentir a Primo Will en la punta de mis nervios. Me acostumbraré a Víctor..., pero es un extraño. Su sangre no es mi sangre. No tiene antepasados en el oficio.

Fuera de la tienda de campaña comenzó a tocar la banda: ejecutaba una obertura rápida y animadísima.

-¿Ya está lista Mordeen, Joe Saul?

-Claro que sí. En caso contrario no se habría ido.

Sus puños volvieron a cerrarse, a pesar del esfuerzo por evitarlo, y el gesto no le pasó inadvertido a Friend Ed.

-¿Son ellas la causa de tus nervios? ¿Temes por tus manos? Recuerdo haber visto a un hombre que se estaba quedando ciego y que corría de un lado para otro buscando los colores, observándolos y manteniendo la mirada fija en ellos para poder recordarlos. Temía olvidar cómo eran cuando se hubiera vuelto ciego. ¿Acaso te molestan tus manos?

-No lo creo. ¿Por qué habrían de molestarme? Jamás han resbalado ni han dejado de aferrarse bien.

Friend Ed se inclinó hacia delante y tocó el hombro de Joe Saul.

-¿Tengo, como amigo, el derecho a hacerte una pregunta, Joe Saul?

-Siempre.

-¿Tienes alguna dificultad con Mordeen?

-No... ¡Oh, no!

-¿Estás seguro?

-Sí..., estoy seguro.

-Es una joven magnífica, Joe Saul; una esposa buenísima. Recuérdalo siempre. Es joven... pero muy buena. Eso no lo pongas jamás en duda. Jamás hubo un hombre que tuviera una mujer mejor. No la compares con tu Cathy; es distinta, pero tan buena como ella, y encantadora y leal.

-Lo sé.

-Lo que he venido a decirte aquí es lo siguiente. Pienso celebrar una pequeña fiesta de cumpleaños de homenaje a los gemelos. Ellos querrían que no asistieran sino niños, pero piden que vayáis tú y Mordeen. ¿Iréis y llevaréis un pequeño regalo?

-¿Realmente me reclaman?

-Ése fue su deseo..., y ¿quieres hacerme el favor de man tener quietas tus malditas manos?

Joe Saul se puso de pie de un salto, y sus zapatillas produjeron un ruido suave en los islotes de césped del suelo. Anduvo de un lado para otro, manteniendo las manos hacia delante para evitar que se movieran. Mordió su labio inferior.

Friend Ed habló con tranquilidad:

-Te quitaré un poco de tu desazón, si me lo permites. Yo te sostuve mientras llorabas cuando murió tu Cathy. Yo retiré a Primo Will del borde de la arena, y yo fui testigo cuando te casaste con Mordeen. Creo conocer tu mal, pero es menester que tú lo digas primero, Joe Saul.

El hombre dejó de andar.

-Esa mujer tarda demasiado en poner un giro postal - respondió -. Creo que tú lo sabes. Creo que los gemelos lo saben.

Me gustaría saber.... si Mordeen lo sabe.

-¿Quieres, entonces, decirlo para tranquilidad de tu espíritu y de tus manos? Quizá haya alguna clase de respuesta.

Joe Saul suspiró.

-¿No será que me vuelvo viejo? Pienso en los tiempos idos. Dicen que los ancianos recuerdan el pasado. Pienso en mi abuelo cuando conversaba..., es decir, cuando sus manos se debilitaron, y había ya perdido la precisión y la certeza de su mirada. Cuando ya nada importaba, tomaba vino por las tardes. Nos daba leccio nes en la alfombra de las prácticas; y el abuelo solía hablar a veces cuando estábamos descansando. Leía mucho aquel ancia no, y pensaba todavía más. Tal vez forjara fantasías, pero nos otros le creíamos. Tú no alcanzaste a conocerlo, Friend Ed.

-No, no le conocí. ¡Habla, di cuanto tengas que decir, Joe Saul! Encontremos la semilla amarga que es como los más negros abismos.

Joe Saul se sentó en su silla y se echó hacia atrás para entregarse a sus pensamientos.

-Éramos mozalbetes realmente orgullosos - dijo-, con las caderas altas y el pecho echado hacia fuera. Creíamos todo cuanto él decía, porque era el viejo Joe Saul. A mí me pusieron su nombre. Solía decirnos que en un tiempo fuimos espíritus de la naturaleza..., tú me entiendes, encarnados en árboles y arroyos. Vivíamos en los vientos y en las negras tormentas. “Eso fueron sus bisabuelos, solía decir. ¿Recuerdas lo blanco que era su cabello? No..., tú jamás le viste. Luego decía que nosotros fuimos los primeros médicos, pero médicos brujos. Nosotros perturbábamos las aguas y empujábamos al trueno hasta allende el borde, y saltábamos como los arroyos sobre las rocas, y navegábamos, con los brazos extendidos, como navega el viento. Pues bien, luego decía que éramos médicos contra los golpes, y teníamos que darle forma al dolor y la enfermedad para expulsarlos, de tal manera que fuéramos inmunes para los ataques y espásticos para el veneno; y nos doblábamos como la

goma sobre una pierna rota. Todo lo exponía, y nosotros nos sentábamos en el suelo y escuchábamos, mientras permanecíamos en la alfombra de los ejercicios.

Y Joe Saul se arrellanaba en su silla mientras explicaba cómo era aquella vida.

-Rara manera de decir las cosas a los niños - le interrumpió Friend Ed-. ¿Les harás el relato alguna vez a los gemelos?

-Claro está que lo haré. Los gemelos lo llevan en la sangre. Ellos comprenderán. El viejo Joe Saul decía entonces que en Grecia nosotros usábamos coturnos y máscaras de madera, y que éramos dioses. Afirmaba que en Roma caíamos sobre la arena roja de los coliseos después que había corrido la sangre, y que nosotros practicábamos juegos malabares con cañas frente a las una carga.

»Después, en los siglos del obscurantismo - decía -, nosotros reíamos y actuábamos en las plazas, y éramos los únicos joviales en aquella época que sufría hambre de risas. A partir de entonces - expresaba -, sucedieron cosas que todo el mundo conoce.

-Quiero que eso lo escuchen los gemelos - dijo Friend Ed.

-Ya te dije que él bebía un poco por las tardes cuando ya no subía a los trapecios y cuando ya nada importaba. Los reyes -decía -, los príncipes, los condes, los Astor, los Vanderbilt o los Tudores, Plantagenets y Pendragons, si vamos al caso..., ¿quién sabe a ciencia cierta quiénes fueron sus bisabuelos? El viejo Joe Saul solía permanecer de pie, alto y con un dedo extendido como si fuese una rama seca. Tenía la cabeza poblada de pelo y no había perdido ni uno solo de sus dientes. Allí permanecía de pie, como una nube blanca, y nosotros nos sentíamos criaturas orgullosas sentadas en la estera, con las rodillas y los codos rotos por el desgaste.

«Son dos familias antiguas - solía decir -, conocidas y seguras y reconocidas..., y solamente dos. Payasos y acróbatas. Los demás son recién llegados».

Friend Ed llenaba de aire sus pulmones con plena satisfacción.

-Eso puedes decírselo a los gemelos durante su fiesta de cumpleaños, después que hayan servido el pastel.

Ahora el rostro de Joe Saul se inclinaba bajo el peso de los recuerdos. Seguía de pie y sus manos buscaban un asidero.

-Y solía decirnos: «Tened hijos... ¡Tened infinidad de hijos!

Jamás estéis sin una criatura asida de los dedos, sin un niño en la estera y un muchacho en la barra fija». Y nos miraba con el ceño fruncido mientras estábamos allí sentados.

Joe Saul permaneció en silencio, y Friend Ed tampoco habló. El ruido de caballos que apenas tropezaban, que bufaban en la arena, penetraba a través de la lona de la tienda de campaña. Friend Ed miraba cejijunto a Joe Saul.

-He ahí tu semilla amarga - dijo -. Ahí la tienes. Cathy no tuvo ningún hijo... Pero, ¿y Mordeen?

-Ya hace tres años - manifestó Joe Saul -. Tres años.

-¿Comienzas a pensar que la culpa es tuya?

-No sé qué pasa..., no sé qué pasa. Pero un hombre no puede morir así.

-Ni tampoco una mujer.

Joe Saul gritó:

-Un hombre no puede borrar la línea de su sangre, no puede romper el hilo de su inmortalidad. Hay algo más que mi simple memoria. Más que mi destreza y los recuerdos de gloria y la vergüenza olvidada de los fracasos. Hay una fe impuesta que exige que yo transmita mi línea a otro, que la coloque tiernamente como un huevo de tordo en la palma de la mano de mi hijo. Tú has legado tu línea sanguínea a los gemelos, Friend Ed. Y ahora... tres años con Mordeen.

-Quizá conviniera que fueras a un médico. Tal vez haya algún remedio en el que no has pensado.

-¿Qué saben ellos? - exclamó Joe Saul-. Sobre mí ha caído una especie de obscura maldición, y yo la siento.

-¿Sólo sobre ti, Joe Saul? - musitó Friend Ed, sonriente -. ¿Tienes la sensación de hallarte solo y clavado con un alfiler en un museo? Ya es tiempo de que lancemos este problema al viento y a la luz. De no hacerlo así, crecerá con dedos ponzoñosos como un cáncer en tu mente. Rasga la cubierta. ¡Que salga afuera! Quizá no estés solo en tu cueva secreta.

-¡Ya lo sé! - declaró Joe Saul con calma-. Supongo que estoy volviéndome así..., cavando como un topo para sumirme en el pozo de mis sombras. Claro está, Friend Ed, que sé que es algo que puede ocurrirle a cualquiera en cualquier sitio y momento..., a un granjero o a un marino, o a un quídam sin silueta ni rostro. Lo sé..., y acaso todos ésos tengan el secreto encerrado en las arcas de la soledad.

-Eso sería una solución. Y ahora que lo sé, procuraré prestar alguna ayuda. Me esforzaré por pensar... y ayudar.

De pronto, Joe Saul dijo con manifiesto nerviosismo:

-Quisiera saber qué es lo que está retrasando a Mordeen. Es demasiado tiempo para mandar un giro postal. El niño..., la señora Malloy tiene demasiada edad para tener un niño. Es de masiado vieja..., tiene cuarenta y cinco años.

-Pero lo tuvo - expresó Friend Ed. Y obedeciendo automáticamente a alguna indicación no vista ni oída de algún apuntador, se colocó la peluca y alisó la piel calva sobre su tupida cabellera por encima de dos cejas que reflejaban incredulidad.

-Ahora que sé a qué atenerme, Joe Saul, procuraré ayudar. Estoy en el asunto...

Se colocó las manos postizas, desplazó sus enormes pies en una especie de danza y salió rápidamente de la tienda de campaña.

Joe Saul alzó la tapa del baúl y se acercó para mirarse en la luna del espejo. Se aproximó a la superficie pulida y examinó su rostro. De pronto, Friend Ed volvió a asomarse.

-No quise decirte eso...; no es eso lo que quise decirte.

-¿Decirme qué?

-Lo oí en mis propios oídos, la manera que sonó cuando lo dije. «Pero lo tuvo.» No quise decirlo así, Joe Saul.

-Yo no lo oí... así - dijo Joe Saul, con intranquilidad -. Tú estás en el asunto, Friend Ed.

La banda chillona tocó la marcha de los elefantes y los caballos blancos, las jirafas, los hipopótamos y los payasos que dan una y mil vueltas. Friend Ed giró sobre sus talones, y la lona de la cortina descendió tras él.

-Corre, Mordeen está esperándote.

Entonces se alzó la cortina y entró Mordeen. Sus pantalones ajustados eran blancos y plateados y llevaba puesta sobre sus hombros una larga capa de color plateado y azul que descendía, formando grandes pliegues, hasta sus tobillos. Mordeen era rubia y bellísima; su áurea cabellera caía en rizos cortos y ceñidos, sus ojos despedían reflejos azules, su disfraz había sido cuidadosamente hecho. Sonreía; su cara estaba iluminada por un recuerdo agradable.

Joe Saul se volvió para quedar frente a ella; su semblante aparecía sombrío y serio.

-¿Viste a Víctor, Mordeen?

-No lo he visto... Esa criatura, Joe Saul, hace alardes, real mente hace alardes, y se mueve hacia atrás. Quiso captar con su mano un haz de rayos solares. Tendrías que haber visto su cara cuando lo atravesó, una cara de asombro y desilusión a un mismo tiempo - rió; pero luego, al advertir la actitud de él, musitó-: ¿Qué ocurre, Joe Saul? ¿No te encuentras bien?

-Estoy perfectamente - respondió Joe, poniéndose de pie con rapidez.

-Entonces, ¿estás enojado? Seguramente estás enojado. Tus ojos son muy negros, pero cuando te enojas parecen tener un resplandor rojo. ¿Te has enfadado conmigo, Joe Saul?

Avanzó rápidamente hacia ella y la rodeó con sus brazos, y había hambre y ansias en su cuerpo y en su rostro.

-No estoy enfadado - declaró-. No, no estoy enojado..., y, sin embargo, siento enojo - le acarició las mejillas -. Me disgusto con el *tiempo* cuando tú estás ausente. Enojado con el *tiempo*. Irritado con los minutos cuando no estás conmigo.

-Eso me gusta - dijo ella-. Es agradable que a uno lo echen de menos. Regresé tan pronto como pude. Es bueno alejarse un tiempo. Porque entonces sé lo mucho y lo intensamente que te amo.

Él la atrajo fuertemente hacia sí.

-Me asusto - balbuceó-. Mi mente se mofa de mí. Me cuchichea que no existes. Se burla porque te has alejado. Me lloriquea diciendo que no hay tal Mordeen. Es una jugarreta cruel, perversa.

Ella sonreía, y su voz era somnolienta, lánguida.

-Es un juego de niños para hacer mejor lo que es bueno - comentó-. Recuerdo haber tenido un trozo de pastel recubierto con azúcar quemado y haber fingido que no era mío. Hacía eso para encontrarlo más dulce cuando lo probara. Ahora, Joe Saul, ya estamos mejor. Lo rojo ha desaparecido de tus ojos. Tienes los ojos más negros, como carbón recién cortado; ¡qué negrura! Pero tú estabas enojado, o bien algo te perturbaba profundamente.

-Sí; eso pasó; ahora ya no ocurre - dijo él -. Todo lo malo se evapora cuando te toco. Te amo, Mordeen..., con un ansia enorme.

-Entonces, ¿no estás satisfecho?

-No..., jamás..., jamás lo estoy. Qué cosa tan opaca sería esto..., como la ligera y dolorosa flojedad de un estómago dema siado lleno, como el haber comido demasiado. No; tú me man tienes alimentado y hambriento al mismo tiempo, y eso es lo mejor.

Lo apartó ligeramente para poder mirarle bien la cara.

-¿Quieres decirme qué es lo que está preocupándote, Joe Saul?

-No es nada - afirmó él.

-¿Es Víctor?

-Un poco.

-¿De veras...? - Hizo una breve pausa-. ¿Nada más?

-No..., no.

-¿No soy una buena mujer contigo?

Él la retuvo fuertemente entre sus brazos.

-¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío, Mordeen! Tú eres una flor ardiente en mi corazón. Mira..., estoy respirando tan bruscamente como un muchacho. Estoy lleno de ti.

Volvió a moverse la cortina y entró Víctor. Joe Saul soltó a Mordeen, lentamente y con orgullo, y se volvió para quedar frente al recién llegado.

Víctor era grande y poderoso, joven y de cutis obscuro. Su boca era plena y arrogante; sus ojos, de persona insatisfecha. Llevaba *slacks* de franela y una camisa abierta; y un medallón de oro, sostenido por una cadena de oro, colgaba de su garganta. Mantenía el brazo derecho cruzado a la altura del estómago y se veía su muñeca fuertemente atada con un vendaje hecho con esparadrapo. Permaneció en la puerta, desafiante. Mordeen se deslizó tranquilamente hasta quedar a espaldas de Joe Saul.

Éste miraba fijamente a Víctor, primero con perplejidad y luego con ira creciente.

-¿Por qué no estás listo? - inquirió, y luego vio el esparadrapo -. ¿Qué es eso?

Víctor adoptó un aire de amenaza y autosuficiencia para ocultar su temor.

-Me disloqué la muñeca - dijo -. Acabo de venir del consultorio del médico.

Joe Saul lo observó durante largo rato y luego le preguntó con toda calma:

-¿Cómo fue?

Víctor esperaba furia. No estaba acostumbrado a la serenidad; no estaba preparado para la quietud. Se preparó y adoptó todas las precauciones para rechazar la ira; porque

Librodot

llevaba ira para defenderse. En la ominosa quietud, perdió el equilibrio y no le era posible modificar el esquema de su defensa.

-No hace falta enfurecerse - dijo en voz alta-. No pude evitarlo. Le digo que fue un accidente. Podría ocurrirle a cualquiera..., podría ocurrir en cualquier momento.

Joe Saul se movía lentamente hacia delante y hacia atrás, como la torrecilla de un cañón, y guardó silencio. Pero Víctor siguió hablando con vehemencia.

-Estaba jugando, nada más que jugueteando con algunos compañeros... con una pelota de fútbol. Eso es, nada más que jugando, y un individuo extendió el pie... No lo hizo a pro pósito. Dígame, ¿qué le pasa? - retrocedió con un asomo de intranquilidad, pues Joe Saul se había puesto en pie y avanzaba lentamente hacia donde él estaba. Y la voz de Joe Saul recitaba, sin que el tono subiera o descendiera, monótonamente.

-Fuiste al colegio secundario en una pequeña ciudad - expresó-. ¿No fue en Ohio? - No esperó la respuesta-. Atleta, corredor de la media milla, saltarín de garrocha, equipo de volteo. Y divertido... como un payaso. Y todo el mundo decía que tú debías trabajar en las tablas, perdiendo tu tiempo aquí como lo perdías en la pequeña ciudad. Escaparse con un circo..., el viejo sueño, la escapatoria de todo niño.

Calló un instante para humedecer sus labios.

Y Víctor dijo:

-El médico ha ordenado reposo por espacio de tres días. Sólo se trata de un tirón del tendón. ¿Por qué chilla?

Joe Saul siguió hablando, como si nada hubiese oído.

-No es que tú no supieras, sino que jamás sabrás. Si fue ses músico, golpearías una pelota de tenis con tu violín. Si fueses cirujano, les sacarías punta a los lápices con tu escalpelo.

Víctor le dijo:

-¡No me grite!

Joe Saul manifestó con calma:

-¿Conque así te suena? Tú eres más fuerte, más veloz, más joven y hasta más seguro que Primo Will; pero ahora ya sé lo que pasa. Hagas lo que hagas, es mero accidente de la juventud y el músculo. No tienes respeto por tus herramientas y tu profesión... ¡Profesión! La has convertido en un negocio.

El tono de Joe Saul se aguzó a impulsos del desprecio.

-Y ni siquiera has aprendido tu negocio. No te aferraste a los dedos de tu padre. No lo llevas en la sangre.

Calló, incómodo, y apartó la mirada.

Mordeen se le aproximó un poco más, temblando ligeramente al verlo quieto. Y sus movimientos llamaron la atención de Víctor y le brindaron el arma que necesitaba. Casi con alivio, la utilizó como escudo contra la azotaina.

-¿Qué le pasa?... ¿Se siente viejo?

Su mirada buscó a Mordeen.

Joe Saul interrogó como en el vacío:

-¿Qué?

Víctor siguió su avance, como un niño que se lanzara en persecución de un gato lastimado:

-¿Qué le pasa?... ¿Está celoso? ¿Qué le pasa?... ¿Teme no poder seguirle el ritmo a una mujer joven? ¿Resulta dema siado para usted?

Joe Saul miraba fijamente el suelo. Suspiró y dijo con suavidad:

-Iré a avisar que no podremos trabajar durante tres días.

Se movió lentamente, hasta quedar muy cerca, y entonces golpeó con fuerza la cara de Víctor con la palma de la mano abierta. Luego se volvió y salió de la tienda de campaña caminando ligeramente de puntillas.

Mordeen se desplazó rápidamente hacia el baúl abierto, dejó caer su capa en la pequeña silla, se sentó y aplicó el *cold-cream* a su cara. Pero Víctor permanecía como bajo la influencia de un choque, incapaz de sobreponerse a la repugnancia del insulto. En sus ojos brillaba el odio y la incapacidad de hacer uso violento de él. Se movió como un autómata, acercándose a Mordeen.

-Yo no podría golpear a un anciano, un hombre con edad suficiente para ser mi padre - afirmó.

Mordeen frotaba el *cold-cream* sobre su piel y luego lo limpió con una pequeña toalla. No se volvió para mirar en derredor.

-Advirtió usted que no alcé la mano contra él - dijo Víctor-. Bien sabía él que estaba seguro. Sabía que yo no habría de devolverle el golpe... a un viejo semejante.

-Él puede oírle - manifestó Mordeen. Limpió la sombra que hasta entonces rodeaba sus ojos.

-Poco me importaría que lo hiciera. Usted me oyó decírselo a la cara.

-Y también vi lo que le hizo a usted - repuso Mordeen.

-Podría despedazarlo con mis manos - declaró Víctor, y con sus manos mostró en qué forma podría realizarlo -. Podría arrojarlo como un viejo bulto. ¡Ea!, podría aplastarlo..., pero no lo hice. No sería justo.

Mordeen se volvió hacia él. La toalla amarilla, azul y rojo estaba en sus manos.

-En realidad, usted le tuvo miedo - expresó suavemente.

Víctor avanzó hacia ella, con el tórax distendido y los músculos de sus hombros contraídos.

-¿Qué quiere decir con eso de miedo? Le digo que podría despedazarlo.

Mordeen lo miró durante largo rato.

-Y entonces, ¿por qué no lo hizo? - preguntó.

-Porque... - Luchó contra el interrogante, porque no sabía qué responder. Después formuló su respuesta. Su voz se volvió sedosa-: Porque..., le diré el porqué. A usted la respeto - analizó su solución -. Porque no quiero disgustos o peleas cuando está de por medio una muchacha a quien..., a quien amo.

Mordeen alzó la mirada para observarlo con ojos de asombro.

-¿A quién ama?

Su boca siguió abierta, luego que lo hubo dicho.

Víctor se aproximó algo más. Extendió la mano para tocarle el hombro, pero cuando ella se la miró, la retiró.

-Yo no le había dicho nada - dijo él -. Procuré ocultarlo. Quiero ser sincero. No soy uno de esos individuos que se arrastran para perjudicar al compañero. Pero él me golpeó... en la cara.

Mordeen dijo con toda calma:

-Usted le aplicó un golpe bajo. Ésa es la clase de sinceridad que usted cultiva.

Víctor comenzó:

-Yo no lo toqué... ¡Oh, sí! - dijo, riendo-. Comprendo lo que usted quiere expresar. Eso lo afectó, ¿no es verdad? La próxima vez que se valga de su lengua como de un látigo, vol veré a castigarlo. Sé cómo proceder... ahora. - Sus labios se plegaron llenos de odio. Estaba envenenado por el agravio recibido-. No necesito golpearlo. Puedo permanecer a distancia y alcanzarlo con una palabra. Es un viejo, y contra eso no hay remedio.

Mordeen sonrió.

-Además, usted me respeta y me ama - dijo en son de mofa.

Víctor movió la cabeza, como un luchador magullado que ha recibido un golpe de zurda en pleno rostro. Y de pronto optó por la más segura de las defensas: ninguna. Abandonar la firmeza frente a la tensión, era una táctica.

-Soy un tonto - dijo Víctor-. Joe Saul tiene razón. No sé distinguir entre un asno y una taza de té. Claro está que tiene razón. Pero quizá llegue yo a aprender algún día. Tal vez

madure alguna vez. - Su cara era joven y reflejaba avidez -. Admiro a Joe Saul más que a cualquiera otra persona en el mundo. Por eso me dolió tanto cuando me golpeó en la forma en que uno golpea a un perro. Por eso le devolví el golpe..., porque me había lastimado. Por eso lo hice.

»Comencemos de nuevo, Mordeen. Le presentaré mis excusas a Joe Saul. Él sabrá comprender por qué lo hice cuando le diga lo muy dolorido que me sentía. No sé distinguir un asno de una taza de té. Recién salido de un colegio secundario, codeándome con gente famosa, empeñado en ser como ella cuando todavía no sé bastante. ¡Vaya! Es un privilegio que a uno le enseñe Joe Saul. Lo sé. Siento haber perdido mis estribos, Mordeen.

Ella lo observaba, creyendo y no creyendo, y luego decidiéndose a creer porque no podía descubrir qué peligro había en ello.

-Comprendo estas situaciones - dijo-. ¡Oh!, a mí me han ocurrido cosas como ésa, hechos que me dejaron insensible y enferma. Como usted ve, Víctor, nosotros somos una especie de pequeño mundo dentro de un mundo. Tenemos una vida y un modelo acerca del cual nada sabe la demás gente. Infinidad de personas se resienten con nosotros o nos envidian. Y nosotros nos sentimos tan orgullosos y quizá un poco atemorizados de la gente. Quizá nos protejamos demasiado.

-Comprendo lo que quiere decir - manifestó él, aunque no había entendido nada.

-Cuando uno discute con una criatura - dijo ella cálidamente-, le da buenas razones y el niño dice: «¡Sí, sí!» Uno lo comprende y ella no escucha, de manera que quien gana es la criatura.

-Comprendo lo que dice - musitó él. Una suave vibración apareció en su voz. Ella alzó un momento la mirada, llena de aprensión-. Ya veo lo que quiere decirme - repitió él, y la vibración había desaparecido.

Siguió diciendo apresuradamente:

-No puedo concebir la idea de que usted creciera... aquí.

-Pero aquí crecí. -Su voz era muy suave-. Pasé toda mi vida. Nací en un coche-dormitorio; me criaron en la arena. Monté una jaca antes de aprender a andar.

Víctor tenía la desdichada suerte de elegir mal; siempre veía equivocadamente, oía equivocadamente y juzgaba equivocadamente. Leyó suavidad en ella en virtud de la suavidad de su voz, cuando en realidad la joven sólo estaba recordando. El suyo era el caos egocéntrico de la infancia. Todas las miradas y pensamientos, amores y odios, estaban dirigidos hacia él. La suavidad era suavidad para con él, la debilidad era debilidad frente a su fortaleza. Pero oía respuestas y no escuchaba. Era lleno de colorido y brillante... Todo cuanto quedara fuera de él era pálido.

-¿Conoció usted a la esposa de Joe Saul? - interrogó.

-¡Oh, sí!

-¿La amaba Joe Saul?

-¡Oh, sí, muchísimo!

Hizo él una pausa y las pestañas descendieron sobre sus bellos ojos. Se arrodilló, de manera que el nivel de sus ojos se hallaba ligeramente por debajo de los de ella. Le estudió la cara, o pareció estudiarla: cejas, ojos, nariz, labio superior bien arqueado, labio inferior carnoso y apasionado, rígido, con nervios de exquisita sensibilidad. Habló suavemente, pero con un susurro insinuante en su voz.

-¿Por qué se casó con él?

Ella levantó la cabeza, asombrada.

-¿Por qué?

-Sí, ¿por qué? Un hombre de cincuenta años o poco me nos, un hombre casi acabado, cuando usted está apenas comenzando. ¿Por qué se casó con él?

Mordeen le sonrió entonces con benevolencia, sonrió casi con afecto, como lo hace uno cuando una criatura pregunta por vez primera: ¿qué es Dios?

-Me casé con él, porque..., porque lo amaba.

-Eso ocurrió hace tres años. ¿Lo ama usted ahora?

Los labios de la joven permanecían entreabiertos, como si ella estuviese escuchando alguna música vaga llegada desde el otro lado de una ventana en días de estío.

-Más - afirmó -. Mucho más.

Se adelantó él con su mal formada sabiduría, su sabiduría de vestíbulo, de vestuario, de libro de chistes.

-Joe Saul debe de ser como un padre en la mente de usted- dijo con vileza.

-¡Oh, no!

Rió él.

-Conozco a las mujeres mucho más que lo que usted supone- declaró-. Eso no es cierto..., no necesita responder, no tiene por qué decir nada; ¿no es verdad que a veces usted desea, y quizá experimenta incluso, ansias de sentir los brazos fuertes de un hombre joven y la piel lisa de un hombre joven - se elevó el tono de su voz -, la fuerza, y el deseo corporal, y la pasión aplastante de un hombre joven?

-No - replicó ella con suavidad -. Eso no es cierto. No es cierto.

-No la creo - afirmó él -. Sé a qué atenerme.

La bondad de ella para con Víctor duraba como si fuese una frazada cálida tendida sobre su propia vida, de la que pudiera desperdiciar una esquina para que él cubriera sus hombros.

-Supongo que realmente no me cree - dijo Mordeen-. Acaso sea éste su dolor. Quizá alguna vez, cuando se encuentre abatido, pensará en lo que perdió, y tal vez sólo vagamente se dé cuenta de haber perdido algo.

-No soy una criatura - gritó él -. He andado por el mundo. He conocido mujeres.

-¿Mujeres felices?

-Eran felices cuando yo las tuve.

-¿Durante cuánto tiempo?

Él alardeó:

-No eran felices mientras no pudieran tenerme de nuevo. Siempre me querían de nuevo.

-Claro está. Y estarán preguntándose qué perdieron. Yo no estoy revelándole ningún secreto: Joe Saul sabe que yo tuve otra vida. Conozco las tretas, las técnicas para perdurar; juegos, juegos perversos para llevar a los nervios hasta un estado de histeria.

Ahora, Víctor tenía la boca húmeda y respiraba por ella, pasándose la lengua por los labios.

-Ya le dije que no la creía.

Ella afirmó:

-Joe Saul conoce un truco, un ingrediente. Usted no ha oído hablar de él. Quizá nunca lo logre. Sin ese truco, usted andará algún día gritando silenciosamente su pérdida. Sin él no hay buenos métodos o técnicas. Usted sabrá que yo he meditado acerca de cómo un acto puede ser feo y mezquino y ener vante, como una droga que castiga, y también ser algo bellísimo y lleno de energía, como la leche.

Víctor se puso de pie y habló con agitada fiereza:

-¿Qué truco es ése que permite que una muchacha joven se enamore del viejo Joe Saul? ¿Lo cree capaz de hacer algo que yo no pueda ejecutar?

-Sí.

-¿Qué ingrediente es?

-El afecto - musitó ella -. Usted no lo ha aprendido jamás. Hay mucha gente que no lo logra nunca.

Víctor estaba intranquilo, y sentía el fracaso; se daba cuenta de haber caído en la trampa. Dijo en voz alta:

-¿Pretende decir que no soy tan bueno como el viejo Joe Saul? Permítame ensayar, y le juro por Dios que usted jamás podría volver a él. ¡Ah!, todos somos iguales, hombres y

mujeres. ¿Qué me está usted diciendo? Un salto a una parva es un salto a una parva. ¿Cuál es esa cosa que quita el aliento?

-Todos iguales - repuso ella-. Ciertamente..., todos iguales. Y todo aquel que afina una melodía hace buena música, y cuando un verso rima con otro, a eso le llaman gran poesía, y cada brochazo dado en la lona es gran pintura.

-¿Adonde pretende llegar? - interrogó él, impaciente.

Mordeen repuso:

-Yo solía preguntarme por qué razones este amor me parecía más dulce que cuantos había conocido, mejor que el que muchas personas puedan conocer alguna vez. Y luego, un día, la razón llegó hasta mí. Hay muy pocos grandes *algo* en este mundo. En el trabajo y en el arte y la emoción... lo grande es muy raro. Y yo tengo algo de lo que es grande y bello. Ahora diga su *sí, sí,* Víctor, como un niño que irresponsablemente res ponde a la Sabiduría. Creo que tendrá que hacerlo.

Víctor dijo:

-Si tan condenadamente bueno es, ¿por qué tiene esas sacudidas? ¿Por qué tiene que andar dando vueltas como un gato que pisara piedras calientes? ¿Por qué es tan irascible, por qué se le pone de color gris su cara de enfermo? Dígame eso, si es tan condenadamente bueno.

Mordeen se había puesto rígida, apretaba los dientes y sus ojos estaban velados.

-Tiene usted un don - manifestó -. Usted sabe por instinto dónde clavar un cuchillo y cómo revolverlo. Sé lo que usted quiere decir, pero usted mismo lo ignora. Usted ha andado a tientas y ha encontrado una cosa tan valiosa como la perilla de porcelana de una puerta en la obscuridad. -Su cara estaba fría y su voz era glacial -. Quiero manifestarle lo siguiente - dijo-. Tal vez me lo esté diciendo a mí misma. *Yo haré cualquier cosa..., cualquier cosa..., cualquier cosa, con tal de Que él esté contento. Recuérdelo bien, Víctor.*

Ahora estaba en guardia y no escuchaba; sólo se sentía enojado porque aquí se encontraba en un mundo en el que no podía entrar, y, por consiguiente, tenía que no creer en su existencia. Retrocedió hacia el mundo que él conocía.

Dijo:

-Usted se está colocando en un pedestal. ¿Qué es lo que la hace tan especial?

-Joe Saul - repuso ella, rápidamente.

-Usted es una mujer como cualquier otra: el mismo cuerpo, nada más y nada menos. También es igual todo lo demás. Nece sita lo que les hace falta a todas las muchachas de este mundo: un poco de fuerza para que pueda argüir que la culpa no fue suya. Tal vez necesite el dorso de la mano; tal vez necesite...

-La tomó entre sus brazos, fijándole los codos en los costa dos -. Tal vez me necesite... a mí.

Se inclinó para besarla, y ella se dobló y relajó sus músculos de tal manera que, mientras él la sostenía, no le era posible alcanzar la boca con la suya. La cabeza se apartó inerte de él y el cuerpo quedó como un cuerpo muerto en sus brazos.

Ahora Víctor estaba desconcertado. Le mantuvo los brazos fijos, con fuerza inconsciente. Ella tenía los ojos cerrados y permanecía inmóvil. Del otro lado de la cortina de la tienda de campaña se oyeron tres silbidos en lugar de la llamada a la puerta. Pero ni Víctor ni Mordeen los oyeron. Se repitieron los silbidos y entonces entró Friend Ed. Se había quitado el disfraz, pero todavía llevaba puesto el traje de payaso de los grandes lunares. Se detuvo y miró la espalda de Víctor. Luego se movió lentamente hacia ellos.

Víctor estaba preocupado.

-Mordeen - dijo -, Mordeen, ¿se encuentra bien?

Soltó sus brazos y, apenas lo hizo, ella retrocedió rápidamente. Su rostro reflejaba el más intenso odio y desdén. Entonces vio a Friend Ed y le clavó la mirada.

Víctor se volvió y su mano ascendió en actitud de protección. Friend Ed se aproximó todavía más.

-Vayase - dijo en voz baja -. ¡Vayase inmediatamente!

No diré nada. Creo que Joe Saul lo mataría.

Víctor balbuceó:

-Yo no...

-Vayase. No beneficiaría en nada a Joe Saul el que le ma tara a usted... No seria bueno para Joe Saul. Aunque no lo capturasen, llevaría consigo la amargura durante el resto de su vida. Usted no vale tanto para él ni para mí. Dígale que tiene que abandonar su puesto..., que ha muerto su madre, cualquier cosa. Pero ¡márchese!

-Yo..., usted no comprende...

Friend Ed se encogió y avanzó un poco más.

-¿Quién sabe si no seré yo quien tenga que echar sobre mis hombros un fardo de amargura?... ¡Por favor, por favor, vayase!

Víctor dijo:

-Nadie puede obligarme a partir. - Miró su muñeca cubierta de esparadrapo -. Usted, cuídese a sí mismo.

-Está bien; pero retírese ahora, vayase.

Víctor vaciló.

-No crea que tengo miedo -expresó; pero cruzó la puerta y desapareció.

Mordeen y Friend Ed lo vieron alejarse; se volvieron lentamente y se miraron; y parecían estar observando a través de agua turbia, de manera que tuvieran que esforzar la mirada para ver algo. Una muralla de pesadez los separaba.

Mordeen dijo con voz como de ensueño:

-¿Usted vio todo eso, Friend Ed?

-Sí, lo vi.

-¿Qué cree?

-Creo lo que vi.

-¿Le parece que Joe Saul sería capaz...?

-Él querría hacerlo..., tendría que hacerlo, y si no pudiera, yo procuraría obligarle.

Mordeen suspiró profundamente. Dijo:

-Víctor, que nada sabe y que siente muy poco, tiene el instinto para descubrir los puntos débiles y las zonas de dolor. Estoy segura de que no sabe nada, y sin embargo, tantea y prue ba, como una sanguijuela ciega, y encuentra la sangre.

Friend Ed la miró durante largo rato.

-Joe Saul informó que no era posible realizar la representa ción y luego se dirigió a un bar. Está embriagándose, Mordeen.

Ella se sentó como si estuviese fatigada y comenzó a hablar:

-Yo debo...

Y guardó silencio.

-¿Desea hablar conmigo? - preguntó Friend Ed.

-Sí, deseo. Se acerca una nube. Quiero hablar. Él está embriagándose. ¿Eso forma parte de la nube?

-¿Sabe usted qué es la nube?

-Sí, ¿y usted?

-También.

Friend Ed inquirió prontamente:

-¿Quiere contestarme a esto? ¿Puede usted tener un hijo?

Mordeen desvió su mirada.

-Sí, puedo.

-¿Cómo lo sabe?

-De la única manera que podría saberlo. Lo sé.

-¿Cuándo ocurrió eso?

-Hace cinco años.

-¿Está enterado Joe Saul?

-No, lo ignora. Eso ocurrió antes. Todo había terminado antes de Joe Saul. Friend Ed dijo:

-No lo entiendo. Que yo sepa, él jamás estuvo enfermo.

Es una masa de fuerza y vigor que se retuerce.

Ella expresó suavemente:

-Una vez estuvo enfermo. Me lo ha dicho. Fue la única vez, y sucedió cuando era un niño. Dolores de crecimiento los llamaron. Le dolían los huesos y las articulaciones y lo consumía la fiebre. Durante un año estuvo torturándole el dolor. Se enarcaron las cejas de Friend Ed.

-Y usted investigó y descubrió...

-Sí, fiebre reumática.

-¿Y no podría ser ésa la causa?

-Sí - reconoció ella-. Podría. No es fatal, pero podría ser. -Y expresó apasionadamente-: ¿No podemos decírselo? ¿Podríamos sacar las cosas a relucir? Nosotros necesitamos una criatura. Podemos conseguir una, adoptarla, y será nuestra. Tal vez si este asunto fuera cierto y comprendido, se disiparía la nube. Quizá...

-No creo que usted deba decirle eso - manifestó Friend Ed -. No me parece que eso fuera bueno. ¿Sabe usted lo que le ocurre a un hombre cuando sabe que es estéril?

-Sé que ahora él se considera miserable y ávido, que siente verdadera hambre por tener un hijo. Sé que siempre ha sido así, pero ahora raya en la desesperación.

-¿Es un buen enamorado?

-¡Oh, maravilloso! Suave y apasionado y... maravilloso.

Friend Ed habló con calma:

-Cuando los cuerpos del hombre y la mujer se unen en el amor, existe una promesa..., a veces tan profundamente sumer gida en sus células que el pensamiento no abarca...; hay una aguda promesa de que un hijo pueda ser el resultado de ese terre moto y de ese relámpago. Eso es lo que cada cuerpo promete al otro. Pero si el uno o el otro sabe..., si sabe más allá de toda duda que la promesa no puede cumplirse..., la plenitud no exis te; el hecho es un simple acto, una simulación, una mentira, y en lo más profundo, algo inútil, algo carente de sentido.

-Lo sé - reconoció ella.

-No estoy seguro de cómo es el problema para la mujer - siguió diciendo él-. Pero con respecto al hombre..., tal vez se sintiera libre porque no está en peligro; y quizá la mujer pueda sentirse salvajemente libre en una lujuria sin consecuencias, pero en sus tejidos se alberga el desprecio a un hombre estéril. Y en el hombre se inicia un afán por buscar el desdén que él sabe que radica allí. Entonces, por mucho que ella finja y proteste y cubra la tristeza de su amor estéril, él lo sabe y lo siente. Y como nosotros no realizamos voluntariamente cosas fútiles, el cuerpo del hombre se niega gradualmente a ejecutar un acto inútil, y la mujer..., ¡oh, muy lentamente!...., ya no lo necesita y sus sentidos se apartan del doble y sombrío disgusto. Mordeen se miró las manos y expresó:

-No creo que eso me ocurra a mí. Creo que yo sería capaz de hacer cualquier cosa..., cualquier cosa que cruzara por mi mente, o por mi corazón, o por mi cuerpo..., con tal de ver a Joe Saul contento.

Friend Ed replicó:

-Eso es porque él no sabe. Cuando sepa...., cuando sepa más allá de toda ocultación, presagiando dudas de que su simiente está muerta..., no permitirá ni siquiera que usted haga una tentativa. La niebla del desprecio de sí mismo lo cubrirá, y usted jamás podrá volver a liberarlo de su gris miseria.

-¿Qué debería hacer yo, entonces? - preguntó ella.

- Lo ignoro - fue la respuesta -. Sería distinto si su mente y su energía pudieran errar creadoramente por las estrellas de las matemáticas o construir con ocho notas un modelo de música nueva y viviente... Entonces quizá sobreviviera. Pero no tiene esas cosas, como

tampoco las tienen la mayoría de los hombres. Balancearse en su elevada barra fija, medir el tiempo de cada balanceo para recogerla en sus brazos..., eso es algo tan inveterado e instintivo para él como masticar cuando tiene carne en la boca.

-¿Qué haré?

-No permitir que lo sepa.

-Pero supongamos que eso no sea cierto. Supongamos que por algún accidente él reviviera; supongamos que la falta fuera mía, un órgano afectado, un ácido impropiamente aplicado sobre mi propio cuerpo, un pensamiento venenoso que yace oculto, pero que es tóxico.

-Usted no cree eso - afirmó Friend Ed -. Yo la conozco. Usted ya ha sido sometida a todas las pruebas. Lo sé.

Ella apoyó la frente en ambas manos.

-¿Sabe usted cuánto amo a ese hombre, Friend Ed?

-Creo saberlo. Ojalá lo sepa.

-¿Sabe que yo le protegería contra cualquier daño, aunque me despellejaran y me quemaran por hacerlo?

-Eso no sería sino una doble quemadura.

-¿Sabe que yo soy capaz de cualquier mentira, o engaño, o violencia..., cualquier cosa buena o mala que pueda concebir la mente humana, con tal de verle contento y alcanzar su alegría?

-La creo capaz. Y me pregunto qué mínima partícula de probabilidad hay de que usted saliera airosa.

Ella lo miró fijamente.

-Usted sabe en qué estoy pensando, ¿no es cierto?

-Creo saberlo.

-Si yo procediese con suma cautela, si tomara todas las pre cauciones, ¿no le parece que habría alguna posibilidad?

-No puedo darle ningún consejo. No sé nada.

-Mas si no fuera así, ¿qué perspectivas hay?

-Lo ignoro. No le daré consejo alguno. Podría estar equivocado.

-Pero si no tengo sino dos posibilidades, y ambas equivo cadas; y una larga espera, y también ésta equivocada..., ¿no debería elegir la que menos equivocada fuera entre las tres?

Friend Ed golpeaba sus manos.

-No sé. Le digo que no le daré consejo alguno. No ofreceré mi garantía. No endosaré su pagaré de felicidad. Cualquier cosa, cualquier otra cosa. Ojalá yo no supiera, ojalá no tuviera ni siquiera un asomo de sospecha acerca de lo que usted está pen sando y planeando.

Mordeen se irguió en su asiento.

-Sé que usted es amigo de él - expresó -. Acaso yo arroje demasiada carga sobre la amistad. No hay una cuerda capaz de resistir tamaña tensión. Yo debí haber ejecutado por mí misma el proyecto, Friend Ed. Pero estaba sola y no me sentía segura. Pensé que necesitaba hallar algún apoyo fuera de mí para ayudarme. Lo siento mucho.

-Entonces, usted...

-¡Silencio! -musitó ella-. Lo encerraré todo en un abismo tenebroso. Si estoy equivocada acerca de algo, será *mi* propio error, y usted no necesita pensar en él ni tocarlo.

El hombre inclinó la cabeza.

Mordeen declaró:

-A él no le gustaría que yo le viera bebido, especialmente si su borrachera no es eufórica. Búsquelo, Friend Ed, y permanezca a su lado. Y cuando esté fatigado hasta más allá de toda posible vigilia, llévelo al coche-dormitorio y cúbralo bien. Cuide que quede desvestido. Encontrará su ropa de cama en la valija negra que hay bajo la litera inferior..., y dele cuerda a su reloj..., y haga que tenga el pecho cubierto cuando duerma.

-¿Usted...? - inquirió él.

-¡Oh, sí!... Dígale que tenía un poco de dolor de cabeza y que salí a dar un breve paseo. Dígale que pronto volveré para estar junto a él.

-Tengo miedo - afirmó él.

-Yo lo tuve. Mi temor fue más grande que cuantos me hayan embargado en una vida pequeña y llena de terrores. Pero ahora no lo tengo. Quizá necesite de la debilidad de usted para erigir mi propia fortaleza. Márchese, busque a Joe Saul y dele aliento. ¡Dése prisa! Quizá él él esté necesitando ayuda. ¡Aprisa, Friend Ed! Cambie pronto su ropa y vaya a buscarlo. Haga que se acueste antes de la función de la noche. Hágalo por nosotros.

Lo tomó de un brazo y, llevándolo hasta la cortina de la tienda de campaña, la apartó para que el camino quedara expedito. Y Friend Ed salió sin saber a ciencia cierta qué hacer. Luego, ella volvió rápidamente y se inclinó hacia el espejo adherido a la tapa del baúl y comenzó a cepillar su corta cabellera. Estaba aplicándose el *rouge* en los labios, cuando se movió la cortina y Víctor entró con toda calma. Llevaba unos pantalones holgados y una camisa de color claro, una americana tipo *sport* y una corbata pintada. Sus zapatos eran blancos y pardos. A través de la corbata colgaba una cadena de oro en cuyo extremo se mecía un dije en forma de pelota de fútbol. Ella lo vio reflejado en el espejo del baúl. Se volvió a medias hacia él y ie habló con voz llana y palabra acelerada:

-¿Por qué ha vuelto?

Él dijo, sin ocultar su mal humor:

-¿Creyó que podrían asustarme? No; quiero dejar las cosas en su lugar. Seguí a Joe Saul hasta la ciudad y luego regresé. Esperé a que se fuera ese otro. Quiero despejar ciertas incógnitas con usted.

La joven realizó un gran esfuerzo.

-Siento mucho lo ocurrido y estoy avergonzada, Víctor. Había decidido buscarle.... para expresarle mis disculpas.

Él la miró con el ceño fruncido.

-¿Qué fue lo que la hizo cambiar, entonces? ¿Acaso tuvo una rencilla con su viejo? Él está embriagándose, como usted sabe... ¿O acaso no lo sabía?... Embriagándose como un cerdo. Estuve junto a él en el bar, y me miraba con ojos enrojecidos y nublados, y ni siquiera me reconoció... aquel hombre feliz, aquel viejo amante que tiene su truco.

-Lo siento, Víctor; realmente lo siento.

-¿Qué fue, entonces, lo que la hizo cambiar? - preguntó él-. ¿Descubrió de pronto que tal vez yo tenía razón, que tal vez esa cosa húmeda que usted creía amor podría ser una imitación marchita?

-No, no es exactamente eso - afirmó ella.

-¿O escarbó a través de su montón de frases pegajosas y descubrió que eran meras palabras, cuando lo que usted necesitaba era una acción fuerte y juvenil?

-No, no es exactamente eso - sostuvo ella.

-Vine para decirle una vez por todas lo que pienso de las tonterías que usted estaba haciendo. Quiero que sepa que eso no lo acepto. Usted se mostró bastante resistente. Se sienta en lo más alto del estercolero y mira hacia bajo en donde están todas las demás gallinas. Usted es perfecta, y yo... yo soy una basura. Pues bien, le digo que yo soy hombre de buena fe y nada más. No me veo envuelto por su hedionda nube. -Hizo una pausa y continuó -: Y creo que usted tampoco.

Ella dijo:

-Tuve el propósito de buscarle y decirle que lamentaba lo ocurrido.

-¿Por qué tendría que lamentarlo? ¿Qué es lo que pre tende de mí?

-Después que usted salió, comprendí que se sentía herido - expresó -. Ya le he dicho lo muy aislados que vivimos y cuánto espíritu de clan existe en este oficio nuestro. Me parece que tenemos una manera de rechazar a quienes no han nacido en él y que no descienden de padres y abuelos que nacieron en el oficio.

-¡Usted, ciertamente, hizo que me sintiera a gusto! - declaró él en son de burla, y sus ojos encerraban una mirada hostil.

-Eso es lo que pensé - manifestó ella-. Usted ingresó en nuestra profesión. Si se queda en ella, tendrá hijos nacidos para ella. Nosotros... No debí haberlo rechazado a usted en la forma que lo hice. Una organización como la nuestra es algo así como una familia, Víctor. Nosotros... Yo debí haber hecho que usted se sintiera como formando la parte más íntima de nosotros.

-Ahora es demasiado tarde. Su viejo me dio un cachete y usted permaneció indiferente, y el maldito payaso..., ¿oyó lo que me dijo? ¿Creerá que soy capaz de huir?

-Él no comprendió - argüyó ella -. Tal vez sea tan gran de nuestra unión que ninguno de nosotros haya comprendido. Desearía hacerle sentir a usted que le ofrecemos buena acogida.

-¿Cómo se las arreglará para conseguirlo? - preguntó él.

-No lo sé. Si tan hondamente le hemos herido, no lo sé. Pensé en una manera posible, pero no lo sé.

Él la observaba con astucia y comenzó a sentirse dueño de un triunfo secreto. Expresó con vulgaridad:

-Pues bien, conozco una manera que pudiera servirnos como punto de partida.

Ella lo miraba con ojos muy abiertos.

-Me gustaría ser su amiga, Víctor, y esto lo digo con sinceridad. Y quizá los otros..., tal vez yo pueda contribuir a que le brinden su bienvenida.

Él se le aproximó.

-Me parece que no me importa mucho la de los demás.

-Sí que le importa. Creo que sí le importa. Víctor, he pensado algo. Cuando yo era una criatura sufrí los rudos lancetazos de la soledad. Supongo que lo mismo les pasa a todos. Me sen tía indeseable y fría, rechazada. Reunía todos los peniques que tenía y con ellos compraba regalos y los envolvía y con ellos me obsequiaba a mí misma. Pensaba que si los demás niños veían cómo yo recibía regalos, sabrían que era popular y querrían ser mis amigos. Pero fracasé. Y entonces, Víctor, una muchacha mayor se vio en aprietos. Robó un anillo. Estaba amedrentada y procedía con cautela con los amigos que tenía. Acudió a mí en demanda de ayuda, y yo se la ofrecí, y, escúcheme, Víctor, me sentí satisfecha y tuve la sensación de ser necesaria. Experimentaba la emoción de ser buena, toda vez que podía dar algo que tan angustiosamente estaba haciendo falta, y a partir de entonces ya no fui solitaria.

Él dijo:

-Me resulta usted divertida. Siempre narra anécdotas. ¿De qué trata ésta? ¿Qué pretende que yo saque en limpio de ella? Las anécdotas de usted, Mordeen, van cargadas - pero su voz había perdido el timbre de enojo. Y ahora sonreía ligeramente, a despecho de sí mismo -. Cuénteme - dijo -. ¿De qué trata su anécdota?

-Bien - comenzó ella con un asomo de vacilación -; trata de conseguir que usted sienta que le brindan afectuosa acogida. Y pensé que si usted quisiera ayudarme, cuando necesito ayuda, eso podría ser valiosísimo para ambos.

La fiereza de Víctor comenzaba a ceder, y a pesar de su actitud, un asomo de gentileza matizó sus palabras.

-¡Quién iba a decir que usted necesitaba ayuda! - declaró -. Creí que yo era el que la había de menester. Eso es lo que usted afirmó.

-Víctor, usted mismo ha podido apreciar que hay una angustia que nos perturba. Tal vez si yo pudiera explicarle para que comprendiera, se mostraría dispuesto a socorrerme.

La mirada de ella encerraba una llamada de socorro. Y Víctor traspuso los lindes de la comprensión y se sintió dueño del triunfo. Extendió la mano para tocarle el hombro, pero la retiró cuando el hombro retrocedió casi imperceptiblemente. De pronto empezó a reír, y la misma mano volvió a posarse autoritariamente en el hombro de la joven.

-¡Ea! Soy capaz de hacer cualquier cosa por usted, criatura- exclamó. Y luego-: Lamento haber sido un poco rudo con usted antes. Supongo que le tenía miedo. Ahora ya he ven cido ese sentimiento. - La miró fijamente -. Quizá haya cambiado usted. Pero dicen que las mujeres y los caballos saben cuándo un hombre no está seguro de sí mismo. Pueden saberlo a pesar de cuantas baladronadas haga él.

El dolor nubló los ojos de Mordeen, y ella se retiró un poco hacia el castillo de su propio yo.

-Pensé que quizá usted fuera capaz de comprender - musitó.

-Comprendo - exclamó él -. ¡Santo Dios, cuan torpe puede ser un hombre! Veo las señales, veo las luces y soy mudo. Sé que una dama no puede dar el primer paso. ¿Hasta dónde puede llegar mi estupidez? He aquí que usted ha meditado el asunto y que yo procedo como un torpe muchacho labriego.

Volvió a reír.

-Marchémonos de aquí. Su viejo está borracho. Iremos a un teatro. Iremos a la ciudad y comeremos. Dígame: ¿qué le parece si alquilo un automóvil y salimos a dar un paseo?

Ahora la cara de la joven se volvía rígida. Se apartó de él y quedó frente al baúl. Tomó el lápiz labial y se pintó los labios. Sentía que una mano invisible le oprimía la garganta; pero ya había tomado su decisión. Su cara llena de zozobra recuperó su lisura, e imperceptiblemente su postura se volvió suave y provocativa.

-¿Qué me contesta? - interrogó él.

Ella había cambiado cuando se volvió de nuevo para quedar cara a cara con él.

-¿Qué le contesto acerca de qué, Víctor? - replicó ella secamente.

-¿Qué le parece si vamos a comer y a dar un paseo en automóvil?

Ella alzó la mirada y le estudió los rasgos faciales.

-Me parece magnífico - afirmó. Su entonación había cambiado -. Salgo bastante poco.

Seguía mirándolo fijamente.

-¿Qué ve? - preguntó él jovialmente.

-¿Qué veo? ¡ Oh, estaba notando lo muy negros que son sus ojos!

-¿No le gustan?

-¡Oh, sí! Pensaba en cómo algunos matrimonios tienen una criatura de ojos negros y una de ojos azules. ¡Qué raro!

-Eso no ha ocurrido en mi familia - se jactó él -. No ha habido ni un solo par de iris claros por la rama paterna o la materna, que yo sepa.

-Cosa singular - manifestó ella -. Las familias tienen esas extrañas cualidades. Yo conocí una familia que padecía de ataques y, ¿qué le parece?, en cada generación alterna había casos de locura.

-Usted conoce a gente rara. Tal vez nosotros tengamos bue na suerte. La vejez es la única cosa que puede matarnos. Mis abuelos, los cuatro abuelos, viven todavía, y mi bisabuelo por el lado paterno falleció a la edad de ciento cuatro años. No; nosotros somos gente dura. Pero, ¿qué estamos haciendo aquí? Salgamos de este maldito antro.

-Sí - expresó ella -, vámonos. - Se puso de pie y cubrió su espalda con una larga capa-. Iré al coche-dormitorio y me vestiré - dijo -. Tendré que parecer bonita. Mejor será que no nos vean. ¿Dónde puedo reunirme con usted?

Él la estudió.

-No - dijo lentamente-; no creo que me deje plantado. Criatura, hay un lugar chino..., con cómodos compartimentos. Se encuentra en la Calle 12, a la vuelta de la esquina del Banco. Parece un callejón. Estaré en el primer compartimento, con las cortinas bajas. -Le sonrió y luego mostró los dientes por un instante -. Yo sabré cuidarla, encanto. No le causaré molestias. Téngame confianza.

Mordeen se puso de pie y avanzó hacia la cortina.

-No salga usted conmigo. Nos reuniremos dentro de una hora.

Se detuvo y estuvo a punto de desvanecerse.

Librodot

Víctor se hallaba de pie junto a ella y se dio cuenta del cambio. Deslizó su brazo para rodearle la cintura.

-Apostaría a que sé en qué está pensando - dijo -. No se preocupe. Nosotros no hemos inventado esto... Es algo que ocurre todos los días. Nadie tiene la culpa. No quiero que se sienta mal. ¡Caramba, eso puede ocurrirle a cualquiera! No somos nada tan especial. Puede ocurrirle a cualquiera.

-No salga conmigo - repitió ella.

Salió y lo dejó en la tienda de campaña. Y regresó casi al instante.

-Viene. Lo he visto venir. ¡Pronto, salga! ¡Pronto!

Víctor avanzó hacia el otro extremo de la tienda de campaña, alzó la lona que rozaba el suelo y se deslizó por allí.

Mordeen respiraba profundamente. Apartó un poco la cortina y miró hacia fuera. Pareció que se disponía a salir, pero luego retrocedió. Sin embargo, un segundo después se había marchado... Desapareció en un relámpago.

Ahora la luz era dorada y suave. La tarde fue deslizándose sobre la tienda de campaña. Allá afuera, la banda del circo ejecutaba la marcha de retirada, y por debajo de la música se producía el golpe sordo de las patas de los elefantes y los relinchos de los caballos. Rugió un león, acuciado por el hambre, y de pronto toda una familia de cerdos empezó a chillar.

Se alzó la cortina de la tienda de campaña y Joe Saul miró hacia dentro. Sus ojos giraban en el vacío y tenía la boca húmeda y los labios caídos. Los hombros parecían colgantes, llevaba la corbata torcida y el cuello de la camisa desabotonado.

-Mordeen - dijo con voz pastosa -. Mordeen, estoy borra cho. Lamento hallarme ebrio. -Miró fijamente el baúl, que permanecía abierto. Avanzó tambaleándose hasta la pequeña silla y se sentó. Sus manos se movieron cariñosamente por el baúl. Tomó el lápiz labial de la joven, lo olió y sonrió. Arregló con torpeza el baúl y dio suaves palmadas a la bandeja que con tenía los polvos, la pintura grasosa y el *cold-cream*. Se vio refle jado por el espejo y observó su cara flaccida de hombre ebrio.

De pronto cerró con fuerza la tapa del baúl. En el contorno se oyó el tintineo del espejo roto. Su cabeza descendió para apo yarse en el brazo; el rostro buscó apoyo en el antebrazo. El puño derecho golpeó con fuerza la tapa del baúl y en seguida volvió a golpearlo más suavemente-. Mordeen - decía Joe Saul-. He lastimado los sentimientos de Friend Ed. Lo despaché.

Cayó el puño y los dedos fueron abriéndose lentamente.

Friend Ed se asomó por la cortina. Vio a Joe Saul, lo observó con atención un momento y luego entró sin hacer ruido. Friend Ed se sentó en el suelo y cruzó las piernas. Luego se cruzó también de brazos y comenzó su cometido de velar por Joe Saul.

ACTO SEGUNDO

LA GRANJA

El sol matutino del mes de junio se asomaba sobre el alero del granero, caía a todo lo ancho del pórtico de la casa de la granja y penetraba en la cocina, brillante y amarillo, a través de la ventana. La luz se reflejaba desde el metal pulido de la estufa y resplandecía en las bandejas para pasteles que habían sido puestas a secarse en el secaplatos. Era una cocina amplia para estar: una mesa cuadrada, cubierta con un linóleo, para comer y hacer proyectos y coser y leer; sillas de respaldo recto, con pequeños cojines sobre la esterilla para darles mayor comodidad; un gran calendario de un almacén, pero calendario para hacer anotaciones, con suficiente espacio libre en torno a las fechas como para consignar los proyectos de la siembra y el cultivo y la cosecha. Era una cocina autosuficiente. Hasta había un diván junto a la ventana, en donde una esposa fatigada pudiera reposar un rato mientras el pan se cocía. En un estante junto al depósito de agua había un pequeño aparato de radio que tocaba la música alegre de la mañana, un disco de una banda árcense que ejecutaba una marcha de despedida de esas que tienen ritmo desenfrenado.

Ésta era una cocina cálida, vieja y hogareña, que había ido brindando comodidad a generaciones enteras. Desde afuera llegaban los ruidos del patio de la granja, una algarabía de gallinas que cacareaban, de cerdos que gruñían, de caballos que bufaban y relinchaban en sus pesebres. Y un gallo retardado cantaba como si no pudiese renunciar a su concierto matutino, pese a que ya el sol había salido. Una tetera entonaba su canción de vapor sobre la estufa; una cafetera gruñía y se sacudía junto a ella. El reloj de la granja ejecutaba su tic-tac, y su péndulo lanzaba reflejos cerca de la pequeña ventana de vidrios.

Joe Saul, el granjero, estaba sentado junto a la mesa, con la cabeza apoyada en el pliegue del codo. Su mano derecha sostenía una pluma, y frente a él se veía un tintero destapado. Friend Ed, propietario de la granja vecina, estaba sentado en una silla junto a él. Ambos hombres llevaban ropa de tela azul de algodón, con camisas azules abiertas a la altura de la garganta. Las tazas de café se encontraban frente a ellos en la mesa.

Friend Ed se levantó y fue con la suya hasta la estufa para verter un poco de café.

-¿Quieres repetir? - inquirió.

Joe Saul alzó la cabeza y empujó la taza hasta el borde de la mesa.

-Gracias - dijo.

Friend Ed llenó su taza.

-Deberías contratar a un tenedor de libros para que haga el trabajo. Eso es lo que hago yo. Hay tanto papeleo, que un hombre no tiene tiempo ni para recoger la cosecha.

Joe Saul sorbió su café; luego le añadió un poco de azúcar y crema.

-Si no puedo llevar los libros en mi propia granja, tendré que renunciar a la agricultura - expresó -. Siempre he sido bueno para la aritmética, pero ya las cosas colman la medida. Y no es sólo eso. Todo tengo que hacerlo yo mismo..., o por lo menos debo hallarme presente.

-¿Víctor no trabaja bien? - le preguntó Friend Ed.

-¡Oh!, es un trabajador suficientemente bueno... En todo caso procura serlo. Pero no tiene sangre para eso, Friend Ed. Antes que Primo Will se matara, yo podía ordenarle que fuera a cultivar, y yo sabía y estaba seguro de que las cosas serían bien ejecutadas. Pero Víctor es un muchacho de la ciudad. A veces hace las cosas con acierto, pero uno no puede tener seguridad. Tengo que estar junto a él todo el tiempo. Tú sabes cómo son las cosas, Friend Ed, en cuanto a ti y a mí, y cómo eran con respecto al Primo Will y a nuestros padres y abuelos y bisabuelos y tatarabuelos... Nosotros hacemos los trabajos, y no sabemos cómo o por qué, pero los realizamos bien. A uno no pueden explicársele las cosas acerca de la tierra ni es posible leer sobre tales temas. Tiene que estar en la sangre. Yo no estoy criticando a Víctor: él se empeña y la mayor parte del tiempo hace bien sus tareas, pero no puedo estar seguro. Siempre es necesario que yo vaya a mirarlo todo.

-Lo sé - comentó Friend Ed -. Algo por el estilo ocurrió con los gemelos. Al dijo ayer durante el desayuno: «Tengo la impresión de que se me olvida hacer alguna cosa». Y Eddie repuso: «Ya sé. Debes poner estacas junto a las plantas».

-Eso es lo que quería decir - afirmó Joe Saul -. Lo llevan en la sangre. Tú no tendrías para qué ir a revisar un maizal si los gemelos estuvieran cavando la tierra con sus azadones. ¡Oh, Dios mío, Todopoderoso!

-¡Basta! - exclamó Friend Ed-. ¡No sigas! Te estás despedazando a ti mismo.

Joe Saul dijo:

-A veces tengo una pesadilla. Veo esta tierra..., esta dulce y llana tierra negra..., y en mi pesadilla vuelve a quedar sin cultivo, y entonces las zarzas la invaden, y luego los árboles del bos que, y esta casa va siendo invadida por el moho, hasta que sólo queda una chimenea y un sótano. La granja vuelve a ser lo que era cuando el viejo Joe Saul se detuvo aquí, y sacó sal y pimienta y tabaco, pólvora y semilla de maíz de sus alforjas. Eso era todo lo que él tenía, Friend Ed; eso y un hacha. Cortó cinco árboles y sembró su semilla de maíz con una rama puntiaguda. Solía hablarnos de eso cuando éramos pequeñuelos y cuidábamos nuestros primeros terneros. -Hizo un ademán y señaló hacia la puerta-. Y mírala ahora..., lisa y negra y dulce, brillando como el acero cuando en el estío el arado le rasga las entrañas. Y en diez años podría ser otra vez casi como era, si no hubiese quien la cuidara. También tengo pesadillas en las que se mueven extraños..., acaso llegados de la ciudad, que no saben cómo labrar la tierra ni cómo regarla.

-¡Basta, Joe Saul! Te preocupas como un cachorro con una pelota. Deja de hacerlo. ¿Qué tal está Mordeen?

-Pues bien, no sé. Ha estado un poco enfermiza estas dos últimas semanas. Hay una cosa que me preocupa, Friend Ed. Tuvo uno o dos dolores antes, y uno nunca se da cuenta. Es cepa de granja..., capaz de levantarse y realizar su trabajo sin que jamás sus labios pronuncien una queja ni pueda observarse en ella un asomo de pereza. Y ahora... bueno, su estómago está mal, claro se ve, y a veces tiene sus mareos, pero ella es diferente. Ayer fue a visitar al médico. Dice que le dijo que no se trata de nada serio, pero que no debe realizar esfuerzos. ¡Qué raro! Está casi mimosa. Esta mañana dijo: «¿No te molestaría si me quedara un rato en cama? No me siento muy bien». Por otra parte, tú sabes que ella no es así. - Luego estiró los brazos y en sus labios se asomó una vaga sonrisa-. No parecía de ningún modo enferma, pero su estómago está descompuesto.

-Ya mejorará - opinó Friend Ed con toda calma -. Las mujeres pasan por tiempos raros - y cambió de tema-. Hay una cosa que he estado pensando en preguntarte. ¿Víctor apa renta tenerte inquina por el regaño que le diste?

-No, hombre. No lo creo. Es una persona bastante tran quila; no habla mucho. Parece ocuparse de sus tareas y realiza su trabajo. Creo que aquello le hizo bien.

-Yo me sentía un tanto preocupado - dijo Friend Ed - Pensé que quizá no debiste haberle dado aquel cachete.

-Sentí mucho que aquello ocurriera - declaró Joe Saul-. Perdí los estribos. Le dije que lo lamentaba. Creo que ya olvidó el episodio.

-Nadie habría esperado que tú lo golpearas a él o a cualquier otro hombre, Joe Saul.

-Dijo algo. Dijo algo que hizo brotar mi ira. ¿Oyes a Mor deen que anda por ahí? Me pareció haberla oído.

-Me imagino que se habrá levantado - repuso Friend Ed -. Yo tendría que irme ya. A pesar de todo el trabajo que tengo en mi granja, estoy sentado aquí, perdiendo el tiempo en tu cocina después que ha salido el sol. ¿Lleva buena hora tu reloj?

-Lo pongo de acuerdo con la información que da la radio... Siempre marcha bien.

La radio comenzó a tocar un disco, una doliente canción de mascarada.

Joe Saul dirigió su mirada hacia el aparato.

-No sé cómo nos las arreglábamos antes de tenerla. Casi nunca la desconectamos. Es como si hubiera otra persona en la casa. Y Mordeen escucha mientras hace su trabajo. - Suspiró -. Bebamos otro poco de café. A ver, dame tu taza. La lavaré.

Llevó ambas tazas al lavadero y las enjuagó.

Se abrió la puerta y entró Mordeen. Conservaba un rostro juvenil y en sus labios había una sonrisa satisfecha apenas esbozada. Llevaba puesta una bata acolchada que casi llegaba hasta el suelo.

Ambos hombres la miraron, y Joe Saul dijo:

-¿Te encuentras mejor, Mordeen?

-¡Oh, sí, mucho mejor!

Friend Ed interpuso:

-Yo te encuentro espléndida.

Ella se acercó al sofá, bajo la ventana, y se sentó.

-¡Qué precioso día! - dijo maravillada, como si aquel fuese el primero del mundo.

-Es un tiempo para que todo crezca - comentó Joe Saul -. ¿Quieres que te sirva un poco de desayuno? En el horno hay papilla de avena y tocino crujiente.

-¿Conque has cocinado para mí? - Ella dejó escapar una risa apagada y feliz-. Yo debía haber preparado tu desayuno. Pero me agrada que me lo ofrezcas, Joe Saul; eres muy gentil. No, no quiero desayunar.

-¿Un poco de café, entonces? Voy a vaciar la jarrilla y preparar uno nuevo. ¿No querrías un poco de café sabroso y recién preparado?

-No - dijo ella-. No estoy realmente enferma. Creo que sólo estoy haciéndome la mimosa.

-Será la primera vez - afirmó Joe Saul -. En ti es una cosa completamente nueva.

Ella respiró profundamente y se dispuso a hablar:

-Yo...

-¿Sí? - interrogó Joe Saul.

-No sé qué estuve a punto de decir. Mi mente se echó a volar.

Joe Saul llevó hasta la mesa las tazas llenas de café.

-Si no piensas tomar, no prepararé otra cafetera; pero quizá, si no te sientes bien, será mejor que lo haga. Víctor vendrá pronto a tomar su café de media mañana.

Mordeen avanzó lentamente por el terreno de lo que tenía que decir. Sonrió para sí, y luego el rostro recuperó la seriedad, y rió de nuevo. Bajó la mirada y la detuvo en sus manos, que mantenía, palmas arriba, en su regazo, la una sosteniendo a la otra y los dedos sin ninguna tensión, como en un nido.

-El doctor me dijo que tomara las cosas con calma durante algún tiempo - manifestó.

Joe Saul dejó su taza en la mesa y la miró, girando hacia un costado en su silla.

-Sin embargo, dijiste que estabas bien. ¿Qué cree él que te sucede?

Y ahora ella habló sin rodeos y con toda claridad:

-Joe Saul, voy a tener un hijo... *Vamos a tener un hijo*.

Al principio, él no oyó, puesto que no había estado escuchando; pero las palabras se repitieron silenciosamente en sus oídos. Su rostro permaneció impasible mientras la miraba a ella, y las palabras volvieron a repetirse una vez más en lo profundo de su cerebro. Durante breves instantes luchó Joe Saul contra el temblor que agitaba su barbilla. Y luego apoyó la cabeza en su brazo y se puso a llorar.

Friend Ed miraba a Mordeen; la miraba fijamente.

Un terremoto de emoción sacudía a Joe Saul. Friend Ed evitó mirarle. Pero Mordeen sonreía para sus adentros, viendo cómo sus propias manos se amaban mutuamente sobre el regazo. Su semblante se había retirado hacia el mundo del misterio. Los secretos de su cuerpo asomaban en sus ojos... Esa cosa nueva de la «cigota» en el mundo, un mundo nuevo, pero formado de materiales recordados: el blastodermo, las células dividiéndose en forma salvaje, y los pliegues y nodulos, la semejanza de una cosa, proyecciones que luego serían brazos y

piernas, y vagos rayos de ganglios, tajos de agallas en la cabeza en formación, proyecciones que iban a ser dedos y dos órganos con los cuales algún día se vería, y luego, un hombrecito, totalmente formado, no mayor que un pedacito de lápiz y bañado por un licor cálido, retirando su alimento del banco materno, y creciendo. Ese frenético ser en vías de ser yacía bajo sus manos amantes, abrazadas en un lento éxtasis sobre su regazo.

Y entonces, Joe Saul se levantó y caminó pesadamente sobre sus tacones en dirección a la ventana, y su mirada vagó hacia fuera para contemplar la granja. Llevó los brazos hacia la espalda y alzó sus hombros.

- Ahora - dijo -, ahora estamos bien. - Alzó la voz como si clamara para que lo oyese la tierra -. Ahora está bien. - Rió y volvió su cara llena de orgullo hacia el interior del cuarto. Soltó los brazos y se golpeaba suavemente las caderas mientras hablaba-. He oído decir que en algunas partes de Europa las gentes salen y van a los graneros y le llevan la noticia al ganado. Todas las formas y todas las ceremonias son buenas. -Y añadió-: Ahora que lo negro ha desaparecido, yo puedo hablar de tinieblas. Muchos de nosotros tuvimos nuestro nido en esta tierra y la integrábamos como ella formaba parte de nosotros, de tal manera que el césped primaveral crecía de nuestros poros y las verdes dagas del maíz brotaban de nuestros estómagos. Tú sabes, Friend Ed, cómo la sequía inoportuna es como una sequía en nuestro lecho, y cómo el calor no previsto es fiebre en nosotros. - Siguió hablando en voz baja -: Las generaciones nuestras: un tótem, hombre sobre hombre hasta volver al primer hombre; y los planes para los hombres futuros, grandes hombres abuelos..., todos yacentes ordenadamante en cromosomas de ferroprusiato.

Friend Ed sonrió.

-Me parece que te gustaría celebrar una fiesta. Yo traeré a los gemelos. Conseguiré helados y *whisky* y mataré un pavo. Éste es un momento de gran júbilo, Joe Saul. ¿Y dónde he oído yo eso?

Joe Saul dijo:

-Ahora que se ha borrado lo negro, puedo hablar de tinieblas, mas no puedo recordarlo muy bien. No puedo recordar cómo lo sentía, ahora que el triunfo está dentro de mí. -Se acercó a Friend Ed -. Me veo a mí mismo y veo a mis propios tormentos poniéndose vertiginosamente fuera del alcance de la vista y del sentimiento..., tormento, en sangre y corazón, de que la línea, algo precioso que uno lleva y escuda a través de tempestuosos milenios, se rompa, de que el producto no continúe, de que el estambre se enmohezca.

-Todo ha pasado, Joe Saul. ¿Te gustaría invitar a algunos amigos? ¿Quiere Mordeen que se conozca tan pronto?

La miraron, y Friend Ed dijo en voz alta para llamarle la atención:

-¿Quieres que se sepa, Mordeen?

Ella sonrió.

-¡Oh, sí! ¿Por qué no habría de quererlo? ¿Qué sucede, Joe Saul? ¿No estás contento?

-¿Contento? ¡Vaya que sí! Pero al recordar..., al recordar el dolor... es como mirar por fin a un ataúd... Allí está. El rostro está muerto y uno puede olvidarlo. Pero si uno no mira, la cara no muere nunca y uno no puede decir adiós en su mente. Y yo estoy mirando hacia atrás a la tristeza tan profundamente cavada. La mente de arriba niega la esterilidad. Recuerdo cómo fue. Al sentirme convencido, negué la desolación o la tomé a broma..., una broma amarga. Ahora sólo puedo recordar vagamente el lento odio sospechoso que puede crecer y florecer entre hombre y mujer mientras dicen: «Ahora no. No podemos permitirnos el lujo de tener un hijo. No queremos tener un niño, si no le podemos brindar todos los cuidados». O bien dicen: «Tenemos grandes cosas que hacer en el mundo... Un gran trabajo que se vería inhibido por una criatura. Nuestro tiempo es demasiado va lioso para soportar chillidos y ruido y confusión y.., los gastos».

-¿Te fatigaría una reunión, Mordeen? - preguntó Friend Ed -. ¿No te parece que deberíamos celebrar una fiesta?

Librodot

-Me parece, en efecto - repuso ella-. Quiero una gran fiesta organizada con premura, una reunión llena de ruido, violenta y enloquecida. Eso es lo que deseo, Joe Saul. Sal ahora de tus tinieblas, Joe Saul.

-Es hacer las cosas con muchas prisas - afirmó él-. Es algo como una herida que, al curar, no deja recuerdos, sino una cicatriz de piel insensibilizada. Solamente lo fecundo puede hablar de esterilidad. Los estériles sienten en su vientre la desoladora cuchilla secreta. Solamente los estériles realmente conocen por carencia las dos grandes leyes: que uno debe vivir y que debe pasar esa vida..., conducir el fuego y pasarlo. La sangre tiene que fluir, y a los genes se les ordena comunicarse.

Hizo una pausa y movió violentamente la cabeza.

Víctor llegó al pórtico y entró en la cocina. Llevaba puesto su *overall* y una camisa azul abierta. Sus brazos estaban tostados.

-Me pareció conveniente venir a tomar una taza de café.

Captó el ambiente que había en la habitación y calló.

Joe Saul llegó hasta donde estaba Mordeen y la miró como si fuera una nueva persona a quien sus ojos no conocían. Y ella alzó la cabeza y su mirada rozó a Víctor un instante, y luego se puso de pie para quedar frente a Saul.

Él dijo «Mordeen» suavemente, como quien hace un ensayo, como si jamás hubiera pronunciado antes ese nombre. Había asombro en sus ojos. Lanzó el gran suspiro tembloroso que sigue al amor activo. Dijo:

-Mordeen, tenemos un hijo.

No para que ella lo oyera, sino gustando las palabras.

La cabeza de Víctor se movió bruscamente hacia arriba.

-¿Qué ha dicho?

Entonces Joe Saul giró prontamente para quedar frente a él.

-Ya lo has oído. Tenemos un hijo - gritó -. Habrá un niño en esta casa. Habrá un niño jugando en ese polvo. ¡Habrá un ser que crece, que descubre el cielo y aparta a los gallos con el pie y va a buscar huevos! - El cuerpo de Joe Saul se mecía de un lado a otro. Lanzó una carcajada histérica en un broche de enorme júbilo -. Habrá grandes preguntas hechas y contestadas. ¿Comprendes eso? Redescubriremos la totalidad del mun do. ¿Puedes oír eso? Esta tierra tendrá su propia planta crecien do en ella..., nacida para ella, capaz de conocerla.

Su voz se volvió suave, casi cuchicheada, y sus ojos parecían mirar aquello de que hablaba:

-Nuestro hijo se echará a tierra, pecho abajo, cara abajo, contra el suelo. Los dedos de sus pies golpearán el polvo, y sus oídos escucharán, y la tierra le hablará a él.

Víctor sonrió; fue una sonrisa apretada, que algo ocultaba, y su mirada se cruzó con la de Joe Saul y siguió hasta encontrar la de Mordeen, y la sonrisa se tornó más marcada.

-Mis felicitaciones - dijo -. Esto exige una fiesta. Pero usted dice «él». ¿Cómo sabe que será un varón?

Joe Saul gritó:

-¿Que cómo lo sé? ¿Qué me importa? No he muerto. Mi sangre no ha sido segregada. Se conserva mi inmortalidad. ¡No estoy muerto! ¿Varón? ¿Mujer? Habrá más..., y varones y mujeres. - Se aproximó y golpeó suavemente con el puño el pecho de Víctor, obligándolo a retroceder un poco-. Tenemos un hijo - dijo-. Está allí mismo, creciendo. Vino de mí..., ¿lo oyes? Vino de mí. Y será una parte de mí, y algo más: de todos aquellos de quienes yo desciendo... El torrente sanguíneo, un ejemplar típico como lo soy yo, como el nuestro, como un brillante filamento de telaraña que estuviera colgando desde tiempos inverosímiles.

Joe Saul se sentó, exhausto. Pero un momento después echó la cabeza hacia atrás y rió.

Luego volvió a levantarse, encabritándose como un caballo pesado, bailando sin artificio alguno y también riendo, ejecutaba un paso de vals, con los brazos extendidos como si estuviera meciendo a una compañera; los pies le pesaban y sus rodillas se doblaban. La pequeña radio ejecutaba el vals para él. Y era torpe, como es torpe una criatura atiborrada de

Librodot

júbilo. Mordeen lo miraba, sonriente, y los ojos de Víctor lo seguían, y Víctor fue de mala gana a llenar la cafetera. Friend Ed reía de aquella grotesca y torpe pantomima.

-Nunca te había visto así, Joe Saul - le gritó.

-Nunca tuve motivos para comportarme así - replicó Joe Saul, y cesó su baile.

-Pues bien, con motivos o sin ellos, tengo tareas que realizar. La gente no entiende de razones... buenas o malas.

Joe Saul se echó hacia atrás con una actitud majestuosa y burlona.

-Declaro día feriado, un día sagrado - arengó-. Decreto que las tareas no existen. Deja que las ejecuten tus gemelos, o que nadie las haga. Ponte a discutir conmigo y yo moveré mi mano..., así..., y tu granja desaparecerá. -Rió de sus propias payasadas-. Discúteme algo más y yo moveré la mano dos veces..., y tú desaparecerás. -Giró rápidamente sobre sus talones-. Víctor, en el aparador... trae el *whisky*..., trae vasos. Tú quieres una fiesta... comienza ahora. Esta emperatriz - hizo una reverencia en dirección a Mordeen y, al observarla, sintió opresión en la garganta y casi perdió su espíritu de comedia -, esta reina, esta madre quiere una fiesta. La tiene. Date prisa, Víctor, antes que termine la fiesta.

Y Joe Saul corrió para ayudar a llevar los vasos. Vertió grandes porciones. Mordeen dijo:

-A mí no me sirváis. Me gustaría, pero no puedo. Tendré que renunciar a esas cosas durante algún tiempo.

En medio de su jovialidad, Joe Saul se volvió como de piedra. Avanzó hasta el diván en donde ella se hallaba sentada. Se arrodilló frente a ella y apoyó sus manos en las rodillas de la joven.

-Ten cuidado - dijo -. Camina suavemente. ¡Oh, cuídate mucho! Descansa y procura que tus pensamientos sean elevados y bellos. -Y añadió con voz ronca-: Te ordeno que no le vantes ninguna carga, que no hagas nada capaz de cansarte. Debes llamarme... a mí... cuando haya que realizar algún trabajo pesado, o duro, o largo, o siquiera fatigoso. ¿Me oyes? Te lo ordeno.

Ella apoyó ambas manos cariñosamente en su cabeza y movió los dedos para acariciarle el pelo.

- Te obedeceré - prometió-. Y es cosa agradable. Me cuidaré. Pero no estoy tan delicada como tú te supones. Hay una espantosa capacidad de resistencia en la mujer que espera familia. Obedeceré. Ahora toma tu bebida. - Colocó las manos bajo los codos del marido y lo hizo ponerse de pie-. ¡Bebe! Que comience tu fiesta.

El humor de él cambió entonces. Avanzó hasta la mesa y alzó su vaso.

-¡Por el niño! -gritó, y vació el licor; Friend Ed y Víctor bebieron después que él.

Volvió a llenar con toda calma los vasos. Y Friend Ed levantó bien alto el suyo.

-¡ Por la madre! - exclamó. Volvieron a beber.

-Eso está bien - manifestó Joe Saul -. Es lo que yo debí haber dicho en primer término. Eso está bien, Friend Ed. -Se atragantó-. ¡Ah, qué fuerte es! Necesito un poco de agua.

Fue hasta la pileta, agregó algo de líquido y bebió con tanta prisa que al agua cayó por las comisuras labiales y humedeció su camisa azul.

Víctor se encontraba muy cerca de la mesa, pasando los vasos. Los ojos de Víctor ardían por virtud de la pronta acción del *whisky*. La audacia estaba creciendo en él. Esperó hasta que Joe Saul volvió a la mesa y entonces alzó su vaso y miró a Mordeen.

-¡Por el padre! - dijo.

De pronto, los ojos de Joe Saul se llenaron de lágrimas. Consumió su bebida y sin premura dejó el vaso en la mesa. Se acercó a Víctor y apoyó el brazo en aquellas anchas espaldas.

-Gracias - dijo -. ¡ Oh, gracias, Víctor!

Y Víctor volvió a dirigir una mirada triunfal a Mordeen. Descubrió odio en la cara de la joven, un odio como él jamás había visto... Un odio tan frío y peligroso que no le fue posible resistirle la mirada. La suya vaciló y descendió hacia el suelo, y entonces se volvió;

Librodot

entonces sus ojos captaron la mirada de Friend Ed, y allí vio a un verdugo que le atisbaba con acritud letal, ajena a todo, como si estuviese calculando acerca del lugar donde debería colocar la soga. Tosió y dijo en voz alta:

-Con unos cuantos brindis más como éste, acabaría por embriagarme. Mejor será que me vaya a trabajar.

Salió de la cocina y sus pisadas sonaban como martillazos en la madera que cubría el piso del pórtico.

Joe Saul volvió a verter más *whisky* en los vasos.

-Estoy tan retozón como un caballo - dijo, y volvió a reír-. ¡Qué raro! A ratos quiero gritar y me encuentro llorando. Tengo un cosquilleo como un caballo cerril frente a los papeles que vuelan en el lugar donde han celebrado una fiesta campestre.

Mordeen se levantó cuidadosamente.

-Si hemos de celebrar una fiesta, lo mejor será que yo descanse - opinó -. La animación me ha fatigado, me ha cansado.

-Deberías comer - opinó Joe Saul.

-No, ahora no. Más tarde beberé un poco de leche y comeré unas tostadas.

-Acuéstate, entonces. Y si una fiesta te resultara demasiado pesada, entonces no habría fiesta.

-¡Oh!, yo quiero esa reunión... con todos los amigos, los gemelos los vecinos. Pero, ¿quién cocinará y quién preparará el ponche?

-Retírate - dijo Joe Saul -. Lo contrataré todo en la ciudad. Haré que lo manden todo preparado. Sería muy triste que yo no pudiera hacer esto para agasajar a nuestro hijo.

Ella pasó junto al marido, y su mano se posó amorosamente en la espalda.

Joe Saul la vio alejarse y luego se sentó y estuvo mirando fijamente la bebida que tenía servida.

-Estoy cansado - dijo-. De pronto me he sentido can sado, como si la sangre hubiese escapado de mis venas.

- Es algo semejante a un choque - opinó Friend Ed -. Me imagino que, en efecto, es una especie de choque. Y si ahora te pones a beber en serio, por la mañana tendrás unas náuseas peores que las de ella, y cuando ella sienta un pequeño dolor, tus tripas se retorcerán en una verdadera agonía. Y en el momento del parto... ¡Oh, que Dios te ayude, Joe Saul, en el momento del parto!

Joe Saul dijo:

-Quiero traerle algún regalo..., algo valioso, alguna nueva cosa bella para deleitarla, de manera que sus ojos bailen y que diga: «¡Quién habría dicho que yo tendría una cosa tan bella como ésta!»

-Creo que ya la tiene.

Joe Saul se agitó.

-Sí, lo sé. Pero algo como una consagración, algo como un áureo sacramento, alguna perla como una ofrenda o un rojo rubí centelleante de agradecimiento. Alguna tangible prueba de la humildad mía que ella pueda sostener en la palma de su mano o usar pendiente de una cinta en su garganta. Esto es algo obligatorio para mí, Friend Ed. Ven conmigo. - Otra vez estaba excitado-. Tengo que conseguir algo. Mi júbilo exige un símbolo. Ven conmigo a la ciudad. Conseguiremos lo necesario para la fiesta... Todo cocinado y trinchado y repartido. Ella ha tra bajado tanto antes de cada fiesta que sólo un poco de entusiasmo le quedaba para gozar de ella. Mías serán las manos que realicen el trabajo de ella esta noche. Y después veremos... No sé cuál es la belleza..., pero la conoceré cuando la vea.

Ahora que ya había tomado su decisión estaba excitado una vez más.

-Apresúrate, Friend Ed. Toma tu *whisky* y ven conmigo. No me fío de mí mismo para estar solo - caminó hasta la puerta y regresó, y luego volvió a la puerta, como un terrier que pidiera ser puesto en libertad.

Friend Ed se levantó. Dijo, con acento humorístico:

-Ten cuidado, Joe Saul. Acuérdate del niño. Ten cuidado de no pasar de la medida. Es necesario que conserves tus fuerzas. - Luego habló en serio -: No quieres estar solo; pero, ¿quieres que Mordeen esté sola?

-¡Ah! - exclamó Joe Saul-. Qué fácil es olvidar. Siempre ha sido tan completa y competente. Te agradezco que me lo hayas hecho recordar. Llamaré a Víctor y le pediré que esté cerca. Le llevaré a ella la vieja campanilla del comedor. Entonces, si ne cesita alguna cosa, podrá tocar la campanilla y él vendrá.

Friend Ed dijo con calma:

-No creo que Víctor... - y entonces comprendió que jamás podría expresar lo que había pensado.

-Víctor es una buena persona. ¿No oíste lo que dijo? Ha olvidado que lo golpeé en la cara. Víctor es un buen muchacho. - Abrió la puerta y gritó -: ¡ Víctor! - y desde lejos llegó una respuesta.

Joe Saul rodeó su boca con las manos a guisa de bocina.

-Víctor, ven acá, deseo hablarte. Sigúeme, Friend Ed.

Los dos hombres salieron y la puerta se cerró tras ellos. Víctor la abrió tranquilamente y permaneció en el umbral, mirando hacia fuera, mientras el motor de un automóvil rugía y un sonido indicó el zumbido de la caja de velocidades y lentamente fue elevándose la nota hasta convertirse en silencio en la distancia. Entonces Víctor cerró tranquilamente la puerta y avanzó sin hacer ruido hasta la mesa. Se sirvió un poco de bebida y vació el vaso, e inmediatamente se sirvió otro. El cuello de la botella chocó contra el vaso. Y a través de la puerta abierta del dormitorio se oyó la voz de Mordeen:

-¿Eres tú, Joe Saul?

Víctor se sentó con toda parsimonia y comenzó a sorber la bebida; luego alzó la mirada y la mantuvo fija en la puerta. Ocupaba una de las sillas de respaldo recto y se echó hacia atrás. La vieja silla chirrió. Mordeen llamó, llena de ansiedad:

-¿Quién está ahí?

Y un instante después se encontraba en el umbral. Vio a Víctor y se detuvo. Extendió los brazos y sus manos se apoyaron en el marco de la puerta.

-¡Oh! - exclamó Mordeen-. Es usted. ¿Por qué no contestaba?

Víctor se mecía en la silla, apoyada en las patas posteriores, y sorbió el *whisky* puro que había en el vaso.

-Joe Saul me pidió que la cuidara mientras él iba a la ciudad. Me dijo que hiciera eso; me lo ordenó.

-¿Qué quiere usted, Víctor? - interrogó ella, alarmada -. No debería estar bebiendo ahora.

Él terminó la bebida y sin apresurarse vertió otra porción. Su mirada recorría el cuerpo de la joven.

-Venga - dijo -. Venga a sentarse y a conversar conmigo.

La joven vaciló unos instantes y luego su rostro se convirtió en una máscara: algo hermético, cauteloso y alerta. Cruzó por el lado opuesto de la mesa y se sentó en el borde del diván bajo la ventana. Allá fuera se oía el mugido de una vaca llamando a su ternero.

Mordeen dijo mecánicamente y con suavidad:

-¿Qué quiere, Víctor?

Se volvió para quedar frente a Mordeen. Apoyó un codo en la mesa y cruzó las piernas.

-Sólo quería pasar con usted una parte del día - dijo -. Nunca encuentro la oportunidad para que conversemos. ¿No le parece raro? Yo diría que usted tendría interés en hablar conmigo.

Ella lo miraba fija e inexpresivamente.

Víctor probó su bebida y se puso más cómodo. El cuerpo reposaba inerte en la silla. La pequeña medalla de oro brillaba en su garganta.

-Y ahora me entero de esa noticia interesante, pero no de labios de usted. La oigo de boca del viejo Joe Saul. Me parecía que usted misma habría debido tener interés en contármelo.

Por fin habló ella con acento monótono:

-Cuando haya terminado de representar su comedia, tal vez me diga qué es lo que quiere.

Víctor sonrió.

-No pretenderá hacerme creer que no sabe de qué estoy hablándole, ¿verdad?

-Sé de qué me está hablando - declaró ella -; pero ignoro lo que intenta decir.

Descruzó él las piernas y se inclinó hacia delante.

-¿Le parece que no tengo interés por mi hijo? - interrogó.

Ella habló sin énfasis:

-No es hijo suyo, Víctor. Es el hijo de Joe Saul.

Ahora él reía a carcajadas.

-Mordeen - dijo-, ¿cree usted que si repite eso con suficiente frecuencia se convertirá en la verdad?

-Es la verdad - declaró ella.

Entonces Víctor saltó con furia.

-Eso es una mentira - afirmó -. Usted sabe que es mentira y yo también lo sé. Bien enterada está de que Joe Saul no puede tener un hijo. Lo sabe. No me gusta que me utilicen como instrumento. No quiero que me aparten de algo que es mío. No intente usar tretas conmigo, porque no me gustan. Esa criatura es mía. He sido la causa de complicaciones para muchas mucha chas, de manera que sé que yo estoy perfectamente..., pero este niño es el primero que nacerá. ¿No le parece que puedo tenerle algún cariño a mi propia sangre? ¿Cree que deseo ser utilizado como un reproductor para comodidad de Joe Saul? ¿Es justo eso? Él lo recibe todo; a mí me mandan de vuelta al corral.

-Usted logró lo que dijo que quería conseguir - declaró ella fríamente -. Consiguió lo único que puede comprender.

-No vuelva a decir eso - gritó él con furia-. ¡Lo que puedo comprender y lo que no puedo comprender! Creo haberle demostrado que soy capaz de comprender todo cuanto usted comprenda. Inclusive en el caso de que usted no volviera a acercarse a mí después.

Ella dijo:

-No me moleste, Víctor.

-¡Que no la moleste! Primero, que yo no entiendo, y ahora, que no la moleste. Comprendo lo suficiente como para estar seguro de que la criatura es mía, y la molestaré cuando usted tenga mi hijo. ¡Entiéndalo bien!

Se inclinó hacia ella, dominado por la ira, golpeando la mesa con el puño para recalcar su intención.

Su violencia despertó la ira de !a joven. Se puso de pie y la voz luchaba contra los esfuerzos que hacía por frenarla.

-Le dije a usted, Víctor, y le pedí y hasta le supliqué que creyera que yo era capaz de hacer cualquier cosa en el mundo con tal de ver a Joe Saul contento, porque tal es la magnitud del amor que él me inspira.

-¡Aja! -gruñó él.

-Vuelvo a decírselo. Le advierto que debe creerlo.

-¿Qué dirá él cuando sepa que el niño es mío, cuando sepa que usted estuvo en el granero conmigo mientras él estaba borracho?

Ella gritó con fiereza:

-Es el hijo de Joe Saul, concebido en amor a él. Yo vi su cara rondando sobre sí. Sentí sus brazos..., no los de usted. Usted no existe en esto, Víctor. La pequeña semilla puede haber sido suya; lo he olvidado. Pero jamás di, ofrecí o tomé amor. ¡No! Es el hijo de Joe Saul. De Joe Saul y mío.

Le echaba miradas de indignación como una gata madre con las uñas sacadas. Luego retrocedió hasta el diván, con los dientes desnudos y con las alas de la nariz plenamente distendidas. Respiraba como a pequeños borbotones.

-Y nadie ni nada quitará eso. Yo tuve que hacer una cosa extraña, tuve que ocultar mi herida en una caverna de amor para realizarla. Ni usted ni argumento alguno podrán arrebatarle este hijo a Joe Saul. Créalo, Víctor. Si fui capaz de hacer aquello antes..., piense en lo que puedo hacer ahora.

La fuerza que emanaba de ella flagelaba el cuerpo y la cara de Víctor. El atleta se puso de pie y avanzó en dirección a la puerta. Y de pronto se arrojó al suelo frente a ella y la tomó por los tobillos y apoyó la cara en sus pies.

-¡Oh, Dios mío! Me siento solo - su desesperación era pesada como una piedra de plomo-. ¿Qué he hecho, Mordeen? ¿Qué crimen he cometido? En las noches pienso en las cosas que usted decía. Mordeen, yo me he reído de ellas y he corrido en busca de mujeres para demostrar que esas palabras no eran ciertas..., y lo son - alzó la cara y la miró-. Quisiera Dios que jamás hubiese visto a Joe Saul. Ojalá no hubiese visto jamás los ojos de usted mirándole, cálidos y felices y brillantes. Si yo no lo hubiese sabido, podría ir en busca de las muchachas de la ciudad, rozarles desmañadamente sus vestidos, calmar sus risas y bramar con ellas. Pero ahora oigo su voz por encima de aquellos pequeños chillidos destemplados de protesta satisfecha. Siento la fuerte y segura calidez de usted tras aquellos pechos frígidos y granujientos. - Luego añadió, con acento de desesperación -: A usted la amo. Y no se parece a nada que yo haya conocido antes. Es tan diferente como..., como... usted lo dijo una vez..., como la leche.

El semblante de la joven reflejaba compasión mientras miraba hacia el suelo.

-Pobre Víctor, usted lo encontrará. Si está abierto para recibirlo, si es capaz de retribuirlo, ello le llegará algún día.

-Así he argüido yo, argüido conmigo mismo, Mordeen. Pero he descubierto esta clase de amor, y grita en mi mente que no puede suceder dos veces. - Se alzó para quedar arrodilla do-. Me dice a gritos que si no salvo a éste..., a éste que yo conozco más allá de toda duda..., perderé mi oportunidad. Mordeen- gritó-, estoy frenético. No creo poder vivir. No digo esto en la forma en que uno suele decir las cosas... No creo poder vivir. Fieras salvajes están hundiendo sus garras en mis entrañas - y ciertamente estaba doblegado por el dolor.

-Ahora ya sabe usted - musitó ella -. Ahora sabe por qué hice lo que hice. No creí que usted fuera capaz de saber.

Compadecida, apoyó su mano sobre la frente varonil y le alisó el cabello hacia atrás. Allá fuera, un nubarrón se esforzaba por cubrir el sol y la luz de la cocina se volvió penumbra. La radio empezó a desgranar en voz baja las cotizaciones del trigo, el centeno, el maíz, la cebada, el heno, los cerdos, los novillos, terneros, ovejas, en una letanía semejante a un murmullo.

Mordeen dijo:

-Me parece que vamos a tener un aguacero. ¿No puede usted retirarse, Víctor? Si se encuentra como dice, ¿no sería mejor que no estuviese aquí, ya que la situación no habrá de cambiar? Nada podría modificarla. Usted ha pensado en matar a Joe Saul, ¿no es cierto, Víctor?

-Sí - dijo él casi sin aliento.

-Eso no modificaría las cosas. Yo seguiría siendo la esposa de Joe Saul, y esta criatura que llevo aquí sería hija de él. Y us ted, Víctor, estaría más frío aún y solitario; usted yacería en el frío del odio. Piense en serio en la necesidad de que se marche. Pasará el año, y todo será mejor, y entonces... usted se habría ido hacia un destino nuevo y perfecto.

* * *

Librodot

La cocina estaba ahora bastante obscura y un trueno muy lejano hizo vibrar el aire. Víctor apoyó su mejilla en las rodillas de la joven, y el tiempo y el año giraron una y otra vez como rueda la tierra, meciéndose como un trompo que ya pierde sus fuerzas. Cambiaba el tiempo y el mundo seguía meciéndose a través de la gran elipse. El tiempo y la estación se mecían de aquí para allá en la casa. La criatura crecía en el vientre de Mordeen. Y el año siguió rodando.

-También he pensado en eso - expresó Víctor-. Puedo decir mentalmente que me marcharé..., pero yo me resistiría. Esto lo sé. Porque pienso en el verano que ya está terminando, y en el rastrojo que cubre el suelo, y en el heno que ya roza el techo del granero, y las manzanas abatidas por el viento en el suelo de la huerta. Y usted... con una hinchazón bajo sus pechos y mi hijo golpeando con sus pies la blanda pared, y dándose vuelta, y sin que yo pueda apoyar allí mi mano para sentir su vida en movimiento.

-¡Calle, Víctor! No es hijo suyo. Un año arrancará, ya está arrancado, la pena de usted como un hilo de hilván.

-Un año - dijo él en el cuarto ensombrecido. Y el trueno vibró en lontananza y un relámpago azul sacudió la habitación -. Conozco el año que pasa. El otoño está enfriándolo todo, y la escarcha blanca riza y vuelve amarillos los céspedes cercanos al arroyo, bajo los deshilacliados algodoneros. Hace una semana que los tordos se arremolinaban nerviosamente, y ahora ya se han ido. El viento y los patos salvajes, como saetas, avanzan hacia el Sur, por encima de los cardales en llamas. Y usted..., usted camina pesadamente apoyándose en los talones, con los hombros echados hacia atrás para equilibrar el peso creciente de la cria tura, y su cara refleja júbilo, y sus ojos sonríen todo el día, y su boca acaso, sonriente, se dirija hacia el cielo durante su sueño.

-¡Calle, Víctor! - dijo ella con tristeza-. No es hijo suyo. ¿Y no le parece que aquí hace un poco de frío? Creo que la lluvia se convertirá en aguanieve.

El año se deslizó insensiblemente y la eterna actividad de la tierra que envejece continuó.

El viento lanzaba sus lamentos como alaridos de un pequeño espectro en las esquinas de la casa.

-Un hombre puede olvidarlo casi todo en un año, Víctor.

-Conozco este año - afirmó él con infinita tristeza -. Co nozco los blancos copos que descienden hacia el hielo plateado en los barrancos próximos al estanque. Conozco las negras ramas que castigan como látigos en los perales, y los perros que husmean y se quejan en el pórtico durante las tormentas. Puedo sentir el aire gélido que arde en mi nariz y el dolor que sienten las dolo ridas uñas azuladas de los dedos de mis manos, y la sidra acida. Hoy traerán del bosque un árbol de Navidad. Y usted, Mordeen, quieta y cansada por la espera..., usted se mueve silenciosamente, con ojos y oídos y tacto vueltos hacia el interior para oír y ver y sentir a mi hijo.

Ella se agitó en la luz acerada; se movió pesadamente.

-No es hijo suyo. Es hijo de Joe Saul - repitió con pesada monotonía -. Encienda la luz, Víctor, y avive el fuego. El frío está penetrando. Ya tenemos realmente aquí el invierno. Mi año de gestación casi ha terminado. Y pronto Friend Ed y Joe Saul vendrán con el árbol de Navidad. Vaya con la pala y ensanche el sendero hasta la altura del camino para que pueda pasar el árbol. Dijeron que rozaría el techo. Y, Víctor, desearía que usted encontrara fortaleza suficiente para marcharse. He visto su sufrimiento durante todo este año interminable. Pero el parto se producirá pronto, Víctor. ¡Vayase, por favor! No he cambiado de opinión en todo el año. Es hijo de Joe Saul. A él lo protegeré en la persona de esta criatura. Lo amenazo a usted, Víctor.

Él gritó:

-Mordeen, la amo. No puedo irme.

Se puso en pie y encendió la luz, abrió la estufa y atizó el fuego, ya mortecino, para avivar la llama. La luz casi había desaparecido. Las ventanas tenían bordes blancos, y copos grandes como plumas descendían desde el firmamento.

El acerado invierno cubría la comarca, se arrastraba hacia puertas y ventanas y su blancura espiaba por doquiera. La nieve le imponía silencio a la tierra. Mordeen se apartó pesadamente del sofá. Sus hombros se desplazaban hacia atrás y el niño estaba creciendo en su bajo vientre. Cruzó el cuarto arrastrando los pies, llenó la tetera y la colocó en la estufa. Una de sus manos siguió apoyada en el abdomen, como para ayudarse a sostener el peso que la atraía hacia abajo. Luego se detuvo para escuchar.

-Me parece que vienen. Vaya a ayudarles, Víctor; ayúdeles a pasarlo por la puerta. Y, por favor, recuerde lo que le dije.

Víctor miró hacia fuera, y luego abrió la puerta que daba al pórtico. Una masa de nieve se desplazó. Friend Ed y Joe Saul estaban arrastrando el esbelto árbol de pino por el sendero, llevando hacia delante la parte más gruesa. Lo introdujeron como una cuña escaleras arriba, hacia la abertura, y Víctor lo asió y atrajo las ramas nevadas a través de la entrada. Joe Saul y Friend Ed permanecían en el pórtico, golpeando fuertemente el suelo con sus botas y sacudiéndose la espalda. Allí estaban riendo, quitándose sus abrigos y zapateando para desentumecer sus pies, y luego entraron en el ambiente agradable de la cocina. Sus mejillas estaban rosadas y los ojos llenos de lágrimas. Se frotaron las manos en aquel cálido ambiente.

-Tendremos que podarlo - hizo notar Friend Ed -. Ya te dije que era demasiado grande.

Mordeen había llevado una escoba para barrer la nieve diseminada antes que comenzara a derretirse. Se movía lentamente, con pisadas cuidadosas.

Joe Saul gritó:

-Prefiero que sea demasiado grande y tener que cortarle un pedazo y no que fuera demasiado pequeño y tuviéramos que estirarlo. Ven, dame esa escoba, Mordeen. No debieras estar ha ciendo eso. ¡Ea!, siéntate y deja que nosotros lo hagamos todo.

La joven sonrió y dijo:

-Mucho trabajo me ha costado aprender a no realizar mis tareas. Tal vez llegues a lamentar el haber hecho de tu mujer una haragana.

-Ya volverás a aprender a hacerlo todo - comentó Joe Saul entre risas-. Pero no ahora. El trabajo que estás haciendo es mucho más importante. Le estaba yo diciendo a Friend Ed lo enorme de mi sorpresa cuando el niño se movió... Yo estaba acostado y supongo que dormitaba, y de pronto descubrí su pequeño movimiento secreto y eso me despabiló. - Alzó la mirada, sonriendo ante aquel recuerdo -. Al principio fue como si alguien me hubiese tocado para llamar mi atención, pero con suma suavidad. Y luego sentí un deslizarse suave como un gato..., furtivamente. Y luego un pequeño impulso, y luego..., esto puedes creerlo o no..., se produjo una sacudida como de una risa silenciosa, y más tarde un movimiento como de escarabajo. Sentí que trepaba por mi espina dorsal y luego volvía a descen der dando empellones. Y luego la pequeña sacudida de la risa. Pues bien, aquello me sorprendió. Al principio pensé que tal vez alguno de los perros hubiera trepado a la cama junto con nosotros. Y me senté y encendí la luz. Mordeen ni siquiera se despertó. ¿Y sabes qué era? - Señaló con el índice -. Era ese que jugaba en las sombras de su madre. - Rió complacido, y Mordeen sonrió. Víctor se movía con intranquilidad.

Friend Ed dijo:

-Sé cómo es. Y si quieres saber lo que es un verdadero alboroto, ten gemelos alguna vez. Creo que juegan al *volley ball*. El médico no dijo que fueran gemelos, ¿verdad, Mordeen?

-No- repuso ella-, es uno solo. Y ya ha girado y está en perfectas condiciones. Yo lo vi - añadió como quien está atónito-. Lo vi en la placa de rayos X. Al principio no sabía qué era. ¿Saben qué parecía? Pues parecía como la nave de una catedral con un techo abovedado y una gran columna... Eso eran mis costillas y la columna vertebral. Al principio yo no atinaba

Librodot

a descubrir a la criatura, hasta que el doctor Zorn me la señaló, y entonces, allí estaba él, boca arriba y hecho una pelota, como un gatito.

Joe Saul expresó, entusiasmado:

-¿Qué aspecto tenía? ¿Qué pudiste ver?

-Pues... todo - manifestó ella -. La cabeza y los bracitos y piernas y los pies arrollados. Ha sido un gran saltarín, pero ahora está quieto. Eso me preocupaba. Temí que algo pudiera andar mal. Pero el doctor Zorn dice que todo marcha perfecta mente. Ahora se quedará quieto, según opina el doctor. Dormirá hasta el momento en que tenga que librar su gran batalla.

Víctor dijo, nervioso:

-Si ustedes no piensan colocar el árbol ahora, me gustaría ir a mi cuarto. Quiero limpiarme.

-Puedes retirarte - aceptó Joe Saul-. Instalaremos el árbol después de comer.

Y Víctor dijo:

-No me siento limpio.

Y salió de la habitación casi corriendo. Moldeen observó su retirada.

-No sé cómo nos arreglaremos para poner en su sitio ese árbol monstruoso - comentó Mordeen -. Casi llenará el cuarto.

-Y debería hacerlo - replicó Joe Saul con entusiasmo-. Escucha. Me gustaría mirar esa radiografía. ¿No sería posible conseguirla?

-El médico la necesita para estudiarla - manifestó Mordeen-. Pero si vas a su consultorio, estoy segura que te la enseñará.

-Tal vez quiera cedérmela después para que yo la conserve - dijo Joe Saul. Se sentó junto a la mesa y extendió los brazos con cierta voluptuosidad -. Para la próxima Navidad, Friend Ed, el próximo árbol que traigamos...., él estará sentado bajo las ramas. Y tendrá sus propios regalos. Me pregunto qué será lo que le regalaré por su primera Navidad. Tendré que pensarlo. Pero me queda todo un año para meditar.

-Algo redondo o blando o reluciente el primer año - le aconsejó Friend Ed -. Es lo único que les interesa la primera vez. Escúchame: será mejor que no lo llames «él» todo el tiempo. Podría ser una niña.

-No me importa - afirmó Joe Saul-. Me gustaría una niña. Estaré contento con lo que me den - se volvió hacia Mor deen -. Tú vete al dormitorio y acuéstate y descansa -ordenó-. Ahora iré a buscar comida. Te avisaré cuando esté lista.

Friend Ed comerá con nosotros. Él me ayudará.

Ella se puso de pie lenta y obedientemente.

-En realidad estoy demasiado mimosa - expresó, sonriendo -. Y eso me gusta muchísimo. Tienes una esposa perezosa y la culpa es tuya.

Él abandonó su asiento, llegó hasta ella, le tomó la cara entre las manos y la miró en los ojos, reteniéndole el mentón alzado hacia él.

- Mira, mira tan sólo, Friend Ed. ¿No es bellísima?

Y de pronto temblaron sus labios y apartó la mirada. Y Mordeen cruzó pesadamente por la puerta.

Joe Saul atizó el fuego y puso a calentar una gran sartén.

-Será una comida frita - dijo -. Tanto si te gusta como si no te gusta, eso es lo que te serviré, Friend Ed. - Se movía rápidamente de un lado para otro mientras hacía los preparativos-. Hígado frito y tomates cocidos a fuego lento, y leche y tapioca como postre. ¿Te gustaría beber un vaso de *whisky*, Friend Ed?

-No me vendría mal.

Joe Saul llevó la botella y los vasos a la mesa y sirvió dos grandes dosis.

-Tendrá que pasar un minuto antes que se caliente la sartén - dijo -. Todo está listo. Lo preparé por la mañana. Podremos comer cuando haya freído el hígado. - Tomó la mitad de su *whisky* y dejó el vaso en la mesa-. Es raro, Friend Ed -musitó-. Claro está que uno sabe que la

criatura está allí..., claro está que se encuentra en su lugar..., pero es un misterio. Me imagino que uno no lo cree de veras sino cuando realmente ha nacido. Pero ella lo ha visto, de veras vio la cabeza, y los brazos, y las piernas. ¡Eso es distinto! Es una cosa distinta. Eso lo vuelve real. Ya no es mera idea, o deseo, o una plegaria. Es una cosa real. ¡Oh, tendré que ver la radiografía! Debo verla. Iré mañana.

-Comprendo lo que quieres decirme, Joe Saul. Es cierto.

La puerta se abrió bruscamente y Víctor apareció frente a ellos. Sus ojos tenían una mirada salvaje. Iba envuelto en un sobretodo y llevaba una maleta en la mano.

-No puedo resistir más. Me marcho. Me voy..., me voy ahora mismo..., ¡ahora mismo!

Joe Saul lo miró asombrado.

-¿Que te vas? ¿Qué te pasa, Víctor?

-Pues que yo... no puedo resistir más; eso es todo.

-¿No puedes decirme qué te ocurre? - le preguntó Joe Saul.

En la mente de Víctor se libraba una lucha terrible. Sus ojos rebosaban tremendos sufrimientos, llenos de odio, y ansia, y amor.

Joe Saul inquirió:

-¿Es por la bofetada que te di, Víctor?

Durante unos instantes, Víctor siguió calculando, luchando consigo mismo, y por fin eligió el rumbo que debía seguir. Miró a Joe Saul casi con compasión.

-Eso es - afirmó-. No puedo permanecer en un lugar en donde me han abofeteado.

-Sin embargo, yo te pedí disculpas - expresó Joe Saul -. Te dije que lo lamentaba. ¿Fue tanto el daño que te hice, Víctor?

-Sí, lo fue.

-Lo siento. Parece una vergüenza que eso ocurra, en un momento de tanto júbilo. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

Víctor seguía librando su batalla, y la emoción acabó por dominarlo.

-No - repuso -. No. Me marcho.

Se volvió y corrió como si no pudiera fiarse de sí mismo. Salió corriendo por la puerta, dejándola abierta.

Joe Saul suspiró. Llegó hasta el vano y miró hacia fuera; luego la cerró suavemente y volvió a la mesa.

-Creí que lo habría olvidado - dijo-. Lamento mucho que se sienta así. Ni siquiera me dijo a qué lugar deberé enviarle su sueldo.

Friend Ed habló con tranquilidad.

-Déjalo que se vaya. Es joven, y ésa es la época en que uno rumia las cosas, Joe Saul. Es una época en que uno examina sus heridas como si fuesen pequeñas rocas. Déjalo que se mar che. Hay muchos Víctor. Siempre habrá un Víctor.

-Quizá tengas razón. Ojalá no lo hubiera abofeteado. Me avergüenza haberlo hecho.

-Tal vez esté avergonzado también él.

-¿De qué?

-De... su huida.

-Yo me entristezco porque fui débil. No querría transmitirle debilidad a mi hijo.

Tomó el resto de su *whisky*.

-Recuérdalo: dije que el año próximo tendrá su propio regalo. Pero ahora es algo real, puesto que así lo revela la radiografía. Está allí y yo puedo verlo. Está más cerca que si estuviera en el cuarto de al lado. No media sino una pequeña pared blanda. Tal vez pueda oír y sentir. Pronto le haré un obsequio.

-Estás loco, Joe Saul. Estás loco de remate.

-Tal vez lo esté; pero así espero seguir. Tuve un pensamiento muy raro. Él está allí; él está allí. ¿Por qué no habría de tener un regalo este año? ¿Por qué no habría de tenerlo?

Friend Ed rió, mostrando su doble hilera de dientes.

-Podría ser un poco difícil dárselo. Estás loco, Joe Saul.

-Pues bien; yo podría hacerle un regalo. He pensado en lo que podría regalarle. Si tuve la debilidad de golpear a Víctor, tal vez tenga también otras. Pensé en eso cuando quise ir al consultorio del doctor Zorn para ver la radiografía, y ahora pienso más aún en ello. Quiero darle sangre limpia a mi hijo.

-Se la has dado - afirmó Friend Ed incómodo -. ¿De qué estás hablando?

-Quiero darle la prueba. Eso es lo que estoy diciendo..., quiero ser sometido a prueba. Puedo hacer que Zorn me revise de arriba abajo: cabeza, corazón, estómago, todo. Quizá pueda decirle a este niño: eso es lo que tu padre te dio antes que todo: fuerza, salud y limpieza. Eso no sería un mal regalo, Friend Ed.

-Creo que realmente estás loco - replicó éste, lleno de ansiedad -. Lo que dices es una tontería. No me gusta. No quiero que hagas eso.

-¡Que no lo quieres *tú*! ¿Por qué? Puedo entregarle dos documentos firmados por el doctor Zorn..., acaso envueltos como un pergamino, con un gran sello y atados con una cinta roja, como un diploma. Podría colgarlo en el árbol para él. Su primer regalo y el mejor.

-No lo hagas. Zorn podría creer que estás loco, lo mismo que pienso yo. Podría poner eso en el documento.

Pero Joe Saul vertió *whisky* en ambos vasos. Se inclinó sobre la mesa hacia Friend Ed.

-No le digas nada a Mordeen. Lo haré como un secreto y como una especie de broma, pero al mismo tiempo tampoco será una broma. Nunca me he hecho examinar prolijamente. Eso la satisfará, Friend Ed. No le digas nada.

Friend Ed se puso de pie.

-No quiero que hagas eso. No me gusta. Es..., es una locura.

Joe Saul insistió con toda calma.

-Creo que es lo más cuerdo que haré en toda mi vida. No sé por qué no lo hice antes.

Alzó su vaso y exclamó:

-Le haré un regalo. Debo asegurarme de que es perfecto. Le haré el mejor regalo del mundo. Le dará *vida* a mi hijo.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

EL MAR

El diminuto camarote del pequeño buque de carga era viejo, pero cómodo y bien conservado. A un lado, una pequeña mesa para comer, con el correspondiente reborde; buenas sillas giratorias atornilladas al suelo, y botellones y vasos colocados en armazones en un pequeño aparador. Las paredes estaban recubiertas por artesones de madera obscura bien barnizada y lustrada durante muchos años, y el material de bronce se veía reluciente. Junto a una de las paredes, bajo capotes marinos colgantes, había una ancha caja tapizada que servía de banco. Dos hondos sillones de cuero estaban frente a una pequeña rejilla de estufa en una chimenea de teja, y sobre la repisa de ésta descansaba el modelo de una goleta completa y preciosa por sus detalles; junto a ella había un árbol artificial de Navidad decorado con oropeles y plata y globos rojos de vidrio. En el pequeño hogar había un enrejado que servía de sostén para las herramientas de la chimenea; un atizador corto y pesado, una pala y pinzas. En la pared, por debajo de los ojos de buey, colgaban los trofeos de muchos viajes a distintos sitios: azagayas y *knobkerries* de África, mazas de guerra y venablos con dientes de tiburón de la Polinesia meridional, dagas y estelites, una o dos máscaras de brujos, y una cabeza reducida, negra y triste, colgando del pelo.

La puerta estaba abierta y por ella se veía la baranda del puente, y más allá... la ciudad nocturna de los muelles, y tras éstos los altos edificios iluminados, y señales de neón que lanzaban su luz al cielo. Una segunda puerta cerrada comunicaba con los camarotes-dormitorio. Un pequeño fuego de carbón brillaba en la rejilla de hierro.

Desde fuera, llegaban los sonidos del puerto, la estridencia de la sirena de los remolcadores, el rezongar de los motores, el silbido del vapor, el retumbar de los guinches de cubierta y el crujido de calabrotes que se estiran. Tras los sonidos del puerto, la ciudad hablaba con los tranvías y los motores de los camiones, con las bocinas de los automóviles y la música de los lugares de esparcimiento.

Víctor entró en el camarote con su uniforme y gorra de oficial. Miró nerviosamente en derredor; luego avanzó hasta la chimenea y removió los carbones, haciendo chocar el atizador con el hierro. Un remolcador silbó al pasar por una de las balizas. Y, en la ciudad, una de las sirenas de los bomberos subía y bajaba por la escala de sus notas. Víctor permanecía mirando el pequeño árbol de Navidad de la repisa. Desde el otro lado de la puerta cerrada llegó el sonido de la voz de Mordeen, una voz apagada que decía: «¡Joe Saul!»

Víctor volvió la cabeza.

-¡Joe Saul! - clamaba la voz, que encerraba una nota de alarma.

Víctor llegó hasta la puerta y la abrió.

-Joe Saul no está aquí - dijo -. Salga; quiero hablar con usted.

Volvió hasta la chimenea y se frotó las manos muy cerca de los tizones. Entonces se volvió hacia la puerta y habló de nuevo.

-Venga, Mordeen. Quiero hablar con usted.

Pocos instantes después, ella se encontraba de pie en el umbral. Iba con la cabellera alborotada por la almohada, y los ojos parecían desorientados e inciertos en razón del sopor. Dijo:

-Tuve un sueño. - Y entonces su mente se despejó -. ¿Adonde fue Joe Saul?

-Ha ido a tierra - repuso Víctor -. Me dijo que estuviera alerta en caso de que usted necesitara algo.

-El momento está próximo, Víctor - dijo ella-. He sen tido los primeros dolores fuertes. Pueden ser dolores falsos, pero se aproxima el momento. Quiero que Joe Saul esté aquí conmigo.

Librodot

Lo necesito aquí.

Andaba de un lado para otro, con pasos pesados y desiguales que, como una desazón, preceden al parto.

-Siéntese - Víctor.

-No - replicó ella-. No me encuentro cómoda si estoy sentada - y entonces rió por un momento -. Una mujer me dijo una vez que ella siempre podía calcular cuándo había de nacerle una criatura porque se le ocurría limpiar los cajones inferiores de su cómoda en los instantes previos. Pues bien; acabo de acordarme del polvo del cajón inferior de mi cómoda, y quise inclinarme, bien hacia bajo, para limpiarlo. Supongo que ésa es mi señal. Quiero que Joe Saul esté aquí. Si no regresa pronto, quiero que vaya usted a buscado, Víctor. Lo que está por suceder sucederá pronto..., ¡oh, muy pronto!

Un agitado entusiasmo se apoderó de Víctor. Movió ligeramente uno de los grandes sillones.

-No - dijo por fin, serenamente, pero con una energía apenas contenida en su garganta-. ¡No puedo! Lo intenté, Mordeen. Intenté obligarme. Y sé que si esto continúa un poco más, yo no..., yo no sabré qué soy capaz de hacer - extendió ambos brazos y clamó-: Míreme; estoy sintiendo un escalofrío. Mis manos no quieren quedarse quietas. No puedo permitir que se me escape usted, Mordeen.

-¿Que me escape, Víctor? ¿Qué está diciendo?

Su cara reflejaba honda alarma.

-Lo he pensado todo - dijo él a gritos-. No puedo hacerlo. Usted es mi mujer, y esa criatura es un hijo mío. Debo tenerla a usted.

-¿Se ha vuelto loco? - Estaba frente a él -. ¡Yo no soy su mujer!

-Quizá esté loco - reconoció él-. Y posiblemente enloquezca todavía más. Usted debe venir conmigo ahora mismo.

Es mi mujer y no puedo permitir que tenga su hijo aquí.

-Víctor - dijo ella en tono de mando -. Retírese a su camarote. Márchese ahora mismo. Si Joe Saul lo oyese, lo expul saría del buque, o lo mataría. ¡Vaya a su camarote!

-No- declaró él con un asomo de incertidumbre-. Ya es demasiado tarde. Yo debo tenerla a usted y al niño - la intensidad histérica se acrecentaba en su voz-. Debo tenerles. Sería bueno si usted me quisiera como yo la quiero a usted; pero debo tenerla tanto si lo desea como en caso contrario. Esto es la tota lidad de mi vida. No renunciaré a ella, pase lo que pase. ¡Mire! - exclamó -. Hice la tentativa de escapar y dejarla a usted y a mi hijo en poder de Joe Saul. Y no pude hacerlo. Regresé. Me esforcé por proceder con prudencia..., por quedarme a un lado como un chivo cornudo y ver a mi mujer y a mi hijo en brazos de Joe Saul. *Y no puedo hacerlo*.

-Víctor - dijo ella-. Le he dicho una y cien veces por qué razón necesito a esa criatura: amo a Joe Saul. Esto es una locura.

-Locura o no, es así - dijo él con voz sorda -. No quiero perder la única vida que he tenido..., ni aunque el mundo se convierta en llamas.

Ella dijo con bondad:

-Pobre Víctor. Usted no comprende muchas cosas, y ésta no parece comprenderla en absoluto.

-Tal vez no tenga por qué comprender - dijo él -. Usted vendrá conmigo... ahora, esta noche. Tengo un lugar adonde llevarla. Tengo un médico. Usted me acompañará ahora. Tiene que venir conmigo ahora mismo - elevó el tono de su voz - aunque para ello tenga que privarla de su libertad.

Ella comenzó a sentir miedo de él, pues experimentaba la sensación de que crecía su histeria.

-No iré, Víctor. ¿Lo ignora? Nada podrá hacerme partir. ¿No lo sabe usted?

Él había inclinado la cabeza hacia bajo y la movía lentamente hacia uno y otro lado.

-No nos queda otra salida - dijo-. Podemos esperar aquí..., así como estamos. Cuando Joe Saul regrese, le enteraré. Se lo contaré todo. No creo que usted pueda mirarlo cara a cara y decir: «No es cierto». Entonces, él la expulsará, y yo la llevaré conmigo. Quizá en su explosión de ira les haga daño a usted y a la criatura. ¿Vale eso la pena, Mordeen? O supongamos que no lo hiciera...; supongamos que él se aviniera y que usted tuviera que vivir con su odio oculto..., odio a usted y a mi hijo. Se lo diré con toda seguridad, Mordeen. Aunque no quisiera hacerlo, es seguro que lo haré.

El cuerpo de la joven se dobló de dolor. Se inclinó hacía delante y sus ojos se abrieron, y se mordió los labios hasta que cedió el dolor.

-Ya empieza. Concédame tiempo - suplicó ella-. Por favor, Víctor, déme tiempo para pensar. Ahora no puedo hacerlo. ¿No ve las cosas?

-No - replicó él -. He analizado el problema demasiado a menudo. No me atrevo a otorgarle el tiempo que pide. No, no puedo hacer la concesión de darle tiempo. Eso me engañaría - expresó a gritos -. Le digo que no me atrevo. Es indispensable que usted venga conmigo.

-No iré - afirmó ella-. Mi marido comprenderá y todo habrá de arreglarse.

-Usted no cree eso, Mordeen. Si ése fuese el caso, ¿por qué no adoptó él una criatura? ¿Por qué su constante charla acerca de la sangre y la familia? No, usted no cree semejante cosa.

Ella se le aproximó; ahora suplicaba:

-¡Por favor, Víctor, no destruya a tres seres en aras de uno solo! Él jamás le ha causado ningún daño. ¿Por qué quiere matarlo, y a través de él a mí? ¿Qué tendrá entonces? Por favor, Víctor. Por lo menos concédame un poco de tiempo.

-No- repitió él-. ¿El tiempo? El tiempo es mi enemigo. De pronto ella se serenó y se sintió harto fatigada.

-Víctor: han ocurrido muchas cosas. Conforme la criatura iba formándose y creciendo en mi vientre, también se produjo un cambio en mi espíritu. Yo no soy la misma de antes. Las duras aristas de mi yo íntimo se han ablandado.

Él interrogó con cierta impaciencia:

-¿Es esto alguna trampa?

-No- replicó ella serenamente-. No creo que sea una trampa, salvo que también haya sido colocada para mí. Al principio, cuando le pedí su ayuda, yo me encontraba encerrada en una pequeña casa de dolor. En mi mundo no existían sino Joe Saul y yo. Pero mi mundo ha crecido en los largos y pesados me ses. Ya no está encastillado.

Víctor habló con tranquilidad:

-¿Qué intenta usted hacer?

-Procuro decirle que ahora podría ser bien recibido.

-¿Y con respecto a Joe Saul?

-Ahí la situación no ha cambiado. Amo a Joe Saul. No permitiré que lo hieran. Soy su esposa.

-¿Por qué clase de imbécil me toma usted? ¿Pretende decir que nos amaría a ambos? - interrogó él imperiosamente.

-No en la forma que usted piensa, Víctor. Pero sí me esforzaría por abrirle el hogar y aceptaría cobijarlo en él.

- ¿Cree que podría ser la esposa de dos hombres?

-No, Víctor. Yo solamente puedo ser la esposa de Joe Saul.

-Entonces respondo que no - gritó él-. ¡No!

Ella lo miró, escrutándolo, para convencerse de que no habría de modificar su actitud.

-¡Por favor, Víctor!

-No.

-Víctor - exclamó ella-, ¡usted no sabe lo que significa su elección! No me conoce. ¡Por favor, Víctor! Usted no sabe. ¿Por qué habría usted de desechar su propia vida? ¡No lo haga, Víctor! Le ruego que no lo haga.

Él dijo con voz apagada:

-Lo he meditado mucho tiempo, Mordeen. Mientras des cansaba en mi litera y la oía a usted reír y hacer planes con Joe Saul... ¿Cómo cree usted que pueden ser mis sentimientos? Mor deen, si mi elección fuese hecha con la certidumbre de que mo riría mañana, haría lo mismo. Es necesario que usted se marche conmigo.

-¿Está seguro, Víctor? ¿No podrá haber algún cambio? ¿No puede concederme... siquiera un poco de tiempo? Por favor, Víctor..., un poco de tiempo.

-No - dijo él -. Ahora no puedo retroceder. Estoy en un túnel largo y estrecho y no puedo desviar mis pasos.

Ella lo miró fijamente durante largo rato y sus ojos se llenaron de lágrimas. Ninguno de los dos vio a Friend Ed, que permanecía de pie en el umbral de la puerta, observándolos. Su uniforme azul obscuro de capitán ocultaba el rostro en la penumbra.

Mordeen movió lentamente la cabeza.

-¿No tengo dónde ni cómo elegir? - preguntó.

-No, no puede elegir. Póngase un abrigo. Eso es cuanto tendrá que llevar. Todo lo demás será nuevo..., absolutamente todo.

Ella suspiró profundamente.

-¿No sabe que soy capaz de matarle, Víctor?

Ella lo miró con tranquilidad, y en sus ojos brilló una resolución. Avanzó hacia el armario de los abrigos y retiró un manto largo de color gris.

-¡Apresúrese! - ordenó él-. Solamente un abrigo. No quiero ninguna otra cosa de esa vieja vida.

-Víctor - dijo-, ¿quiere hacerme el favor de retirar la valija que está bajo mi litera?

-¿Qué valija? - interrogó él, sospechando algo -. No quiero nada que tenga que ver con esta vida.

Ella se volvió hacia Víctor.

-Es para el hospital - balbuceó -. La he preparado hace varias semanas.

Él se mostró vacilante.

-Retírela, Víctor - suplicó Mordeen.

Él se dirigió a la puerta, y apenas hubo salido, la joven corrió hacia las armas que colgaban de la pared y retiró de la vaina un cuchillo corto y grueso, que ocultó entre los pliegues de su manto. En el momento en que lo estaba haciendo, advirtió la presencia de Friend Ed, que seguía de pie a pocos pasos de la puerta y que movía lentamente la cabeza. Ella se detuvo como petrificada, con la boca apenas entreabierta.

Víctor regresó del camarote-dormitorio llevando la valija. Vio a Friend Ed. Dejó caer la valija en el piso y avanzó prontamente hacia el recién llegado.

-¿Qué diablos quiere usted? - le preguntó.

Pero Friend Ed, que ni siquiera lo miró, fijó su mirada en Mordeen.

-En una ocasión no quise prestarle ayuda - dijo a la joven-. No quería asumir la responsabilidad. En cambio, ahora sí lo haré.

-¡Salga de aquí! - gritó Víctor.

-¡Silencio! - repuso Friend Ed.

Mordeen dijo:

-Yo misma lo hice todo. No necesito su ayuda.

-Pero ahora la tiene - insistió Friend Ed -. Tanto si la quiere como si la rechaza, lo cierto es que la tiene.

-¡Manténgase alejado! - le gritó ella-. No se meta en este asunto. Yo misma pondré fin a aquello que comencé.

-Tengo despachados mis papeles de navegación - declaró él -. Zarparé a medianoche. Vine para despedirme. - Miró a Víctor-. ¿Quiere hacerme el favor de acompañarme a la cubierta? - preguntó -. Tengo que darle un mensaje.

-Démelo aquí - replicó Víctor con grosera altanería.

-No puedo; es un secreto. ¡Venga!

Sin ninguna violencia instó a Víctor a trasponer el umbral de la puerta, y ambos desaparecieron en la noche.

Mordeen permaneció inmóvil, rígida, con los ojos abiertos por el espanto. Esperó lo que presentía. Luego, el ruido crujiente del golpe, el grito lanzado como un quejido e, instantes después, el rumor del agua que salpicaba. Tuvo un estremecimiento.

Todavía seguía con la mirada perdida en el infinito cuanto regresó Friend Ed. El payaso llegó junto a ella y sin violencia le quitó el cuchillo, y lo reintegró a su correspondiente vaina. Regresó al lado de ella, la tomó de un brazo, la condujo hasta un sillón y la hizo sentarse.

Le dijo:

-¿Dónde está loe Saul? Vine para despedirme.

Despertó entonces ella del sopor de su tremendo choque moral.

-No era malo, Friend Ed. No era un hombre perverso.

-Lo sé.

-No puedo pensar - musitó ella-. Ya vuelven..., ya llegan los dolores.

Joe Saul apareció junto a la puerta, con las piernas abiertas, los hombros caídos; su mentón reflejaba la dureza producida por la ira y sus ojos arrojaban llamas de furia. Mordeen avanzó hacia él. Entonces ella vio aquella mirada dura que la atravesaba y avanzaba hacia más allá de ella, y se movió tímidamente hacia el armario de los abrigos, como si intentara buscar refugio en ese lugar.

Friend Ed gritó:

- He estado buscándote. Debo zarpar a medianoche. ¿Qué te sucede, Joe Saul? ¿Acaso has estado bebiendo?

-¿Bebiendo? ¡No! - rugió el otro, iracundo-. Soy un hombre enfermo. Eso es lo que soy..., ¡un enfermo!

Friend Ed habló con acentos de desesperación:

-¡Fuiste al consultorio del doctor Zorn!

-Sí, fui. Fui. Fui sin que nadie me llevara. Nadie me pidió que fuera. ¡Maldición, nadie me pidió que fuera!

Friend Ed dijo, con el acento de quien ha perdido toda esperanza:

-Estuviste en el consultorio del doctor Zorn. ¡Entonces, sabes...!

Mordeen luchaba consigo misma en silenciosa agonía.

Los ojos de Joe Saul adquirieron intensa tristeza. No se atrevió a sostener la mirada de Friend Ed. No miró a Mordeen.

-Se trata de mi corazón. El doctor Zorn dice que soy un enfermo cardíaco. ¡Yo!... ¡Un corazón enfermo! Una vez estuve enfermo, cuando era niño. Ésa fue la causa del mal.

Friend Ed habló a Joe Saul como si se tratara de un crío:

-Pues bien, ¿se trata de algo peligroso?

Joe Saul gritó:

-¡Peligroso! Dice que habré de tomarme las cosas con filosofía. ¡Tomar las cosas con filosofía!... ¡Yo!

Friend Ed se sentó en una de las sillas giratorias que había a la cabecera de la mesa y se puso a reír y reír.

-¿Qué tiene eso de malo? No estaría de más que, efectivamente, tomaras las cosas con filosofía. Podría ser conveniente proceder de ese modo. Me gustaría hacerlo yo mismo. Eso te dejaría más tiempo libre para el niño.

Joe Saul expresó con toda ponzoña:

-¡Me lo imagino! Víctor ha leído todos los libros... Ahora puede hacer algún trabajo.

Mordeen se cubrió el rostro con ambas manos. Friend Ed dijo:

-Olvídate de Víctor. Víctor ya no está aquí.

Pero Joe Saul siguió hablando, sin escuchar a nadie:

-Algún día será el capitán de algún gran transatlántico, y subirá al puente en cada guardia para comprobar si todo marcha bien..., pero el mar no está en su espíritu. Aquello será un gran hotel que flota hacia aquí y hacia allá... Acaso tan grande que ni siquiera podrán hacerlo dar vuelta... como un *ferry boat*.

-¡Basta! ¡Calla! - dijo Friend Ed-. No le eches la culpa a Víctor.

Y Joe Saul dijo ásperamente:

-En la fría bahía del mundo, nosotros nos introdujimos en maderos quemados a lo largo de los rumbos de la rosa náutica, tanteando las costas. Éramos marineros. Luego, con velas de emergencia fijadas sobre maderos atados en cruz, nos movimos por las aguas, y elevamos una pequeña luz sobre el mundo para que no penetrara como una cuña en las tinieblas. Navegamos a través de largos estrechos para chocar con los vientos y las co rrientes. Recorrimos las costas, de arriba abajo y de abajo arriba, desde Sidon hasta Cornualles, desde Cartago hasta el Cabo de Buena Esperanza. Y entonces..., ¡oh, tímidamente!, pusimos la proa hacia las tinieblas, salimos ciegamente y descubrimos que no era negro en modo alguno, sino que estábamos en otro mundo luminoso. Lo sabíamos por el mecerse de la nave y por el crujido de los maderos, por el olor y por la forma del vuelo de las aves, por el pardo barro marino o por las algas que flotaban; o por un atormentado banco de arenques sabíamos cómo andaban las cosas por el mundo y cómo habrían de ser las tormentas.

Friend Ed se apresuró a decir:

-Ten cuidado de no andar al pairo, Joe Saul.

Pero Joe Saul continuó hablando con amargura.

-El señor Víctor está perfectamente; y si no está seguro, tiene su libro. Pero no ve sin mirar ni oye sin escuchar. Cuando entramos en el puerto, casi echamos a pique un alijador, porque no supo cambiar el rumbo. Tuvo que pensar y casi partimos en dos el alijador. Pero yo estaba presente. Quizá ahora yo no es taré allí. Acaso en otra ocasión yo me encuentre en mi camarote, un hombre enfermo, mientras en el puente se halla... el señor Víctor. ¡Y yo soy el hombre que quería hacer un regalo..., un regalo de perfección..., un regalo de Navidad!

Friend Ed se puso de pie, llegó hasta la chimenea y se calentó las manos durante breves instantes mientras meditaba. Removió los tizones ardientes con el atizador corto. Y de pronto tomó su decisión. Tocó la espalda de Mordeen y regresó para colocarse junto a Joe Saul.

-Me estás mintiendo, Joe Saul. No recuerdo ninguna ocasión en que hayas tenido que faltar a la verdad frente a mí. Yo te dejaría mentir y gradualmente ir exponiendo tu repugnante verdad, pero no tenemos tiempo para ello. Yo debo zarpar a media noche. Con que... pronuncia tu embuste.

Joe Saul inquirió:

-¿Qué embuste?

-Bien sabes a qué mentira me refiero. Tu enfermedad del corazón. No se trata de eso, Joe Saul, y tú bien lo sabes. Después de todo este tiempo has ido escarbando el hecho duro y gélido y finalmente tienes que hacerle frente. Y si yo he de ayudarte como me lo imponen mi derecho y mi deber, entonces es indispensable que te ayude con la verdad. ¡Habla! ¡Dime la verdad, Joe Saul, condenado!

Joe Saul se estremeció y su cuerpo pareció perder volumen, y se sentó pesadamente en una de las sillas giratorias. Su boca trabajaba con total impotencia. Dijo:

-Yo obtuve las cosas por la fuerza. El doctor Zorn no quería recibirme. Yo le obligué. Lo obligué a recibirme. Estaba enloquecido por la pujanza y por el júbilo. Le dije que si no

me examinaba iría a consultar a otro médico. Le obligué a que me dejara mirar por el microscopio.

Mordeen se puso de pie y se aferró a la repisa de la chimenea con ambas manos. Friend Ed dirigió su mirada hacia ella y luego se desplazó para que Joe Saul no pudiera observarla.

Entonces Friend Ed dijo:

-Para un tonto basta con una mentira atinada. Pero yo abrigaba la esperanza de que tuvieras un poco más de cordura. Si hubieses sido menos torpe, la verdad habría sido como la gloria para ti.

Joe Saul siguió hablando:

-Le obligué a dejarme mirar. Vi un microscopio... Me pareció tan grande como un ojo de buey, y su luz era cegadora.

Hice girar el tornillo micrométrico, y allí estaban. Yo los vi... encogidos, retorcidos y muertos; cadáveres de genes... muertos.

Y, ¡oh, Santo Dios!

Joe Saul cubrió sus ojos con ambas manos.

Friend Ed se apartó de su asiento y acudió junto a su amigo, a quien compadecía. Se esforzaba por pensar.

-Dispongo de poco tiempo - dijo -. ¿Qué puedo hacer por ti, Joe Saul?

Joe Saul hablaba con el rostro cubierto por las manos:

-¿Qué puede hacer nadie? La cosa ha terminado. Mi ascendencia, mi sangre, toda la procesión de las edades ha muerto. Yo mismo, sólo tendré que esperar poco tiempo, y después moriré.

Friend Ed suspiró. Dirigió su mirada a Mordeen en busca de ayuda, y entonces eligió su rumbo duro.

-¿Qué harás, Joe Saul? - dijo con rudeza -. Aparta esas manos. ¡Basta de intentar ocultar las sombras tras tus dedos! El mundo sigue girando fuera de nosotros. ¿Qué piensas hacer? ¿Qué pensamientos has concebido? Yo no dispongo sino de muy poco tiempo.

Joe Saul echó la cabeza hacia atrás.

-A mí no me han dado mucho tiempo para meditar - afirmó.

-Has tenido la totalidad de tu vida para pensar. No te has atrevido a hacerlo.

Ahora la ira brotaba como un torrente del cuerpo y de la mente de Joe Saul.

-Tendré que matarlo - declaró con voz ronca -. No hay en todo el mundo un lugar donde él pueda vivir, donde sepa las cosas y esté mofándose, acaso sin hablar jamás, pero sabiéndolo todo. No puedo permitir que su espíritu viva en el mismo mundo que el mío.

Friend Ed dijo:

-Olvídate de Víctor... Olvida a Víctor. ¿Qué dices con respecto a Mordeen?

Joe Saul mostró la doble hilera de dientes y miró hacia la pared que tenía enfrente.

-No puedo dejar que mi mente permanezca impasible frente a su traición. Tengo la sensación de que si me atreviera a mirarla, o pensar siquiera un segundo en ella, me sumiría en el horrible abismo con mis manos aferradas a su garganta. ¡Basta! ¡Deja de torturarme, Friend Ed! ¡Basta de torturarme! - Joe Saul volvió a cubrirse los ojos y su cuerpo vibró -. No hay en todo el orbe un lugar donde yo pueda vivir - dijo.

Mordeen se deslizó hacia el sillón y se ocultó en él.

La voz de Friend Ed penetró en el ánimo de Joe Saul como penetran las correas mojadas de cuero sin curtir.

-¡Levántate, cobarde, ser inmundo! ¡Levántate, o por Dios que te golpearé sentado! ¡Levántate!

Joe Saul alzó la mirada llena de asombro ante esa furia. Se puso lentamente de pie.

-¿Qué estás diciendo, Friend Ed?

-¡Qué Friend ni qué ocho cuartos! Ya no puedo soportar más esta situación. ¿Qué espíritu rastrero y quejumbroso es el tuyo, que tanta importancia le atribuyes? ¿Cómo puedes

Librodot

atreverte a que tu estúpida individualidad aplaste algo que es bellísimo? ¿Habré estado malgastando mi vida al ofrecer mi amistad a un individuo que es una porquería sollozante?

-¿Qué estás diciendo, Friend Ed? ¿No eres capaz de comprender?

-Sí, entiendo. Comprendo que te ofrecen algo encantador y que tú vomitas sobre ello; que te te hacen un don de amor como pocos hombres han podido conocer y que, sin embargo, tú lo arrojas sobre el ácido de tu orgullo, sobre el horrendo y retorcido sentido de tu egolatría.

-Friend Ed... Amigo Ed, ¿no comprendes?

-Éste *es* tu hijo. Mucho más que cuanto tú pudieras concebir en tu alma enferma. ¿Alma he dicho? Me gustaría saber qué aspecto tiene tu alma. Creo saberlo... Tiene el mismo aspecto que esos gérmenes muertos y contraídos - la voz de Friend Ed restallaba como latigazos, de tal manera que Joe Saul alzó el brazo como si quisiera protegerse contra los golpes.

-Ella te está dando un hijo... tuyo... que habrá de ser tuyo y nada más. El amor que le inspiras es tan grande que ella pudo realizar algo que era extraño y torpe para ella misma, y a pesar de todo no verse ensuciada. Ella se envolvió en amor y belleza para brindarte amor y belleza. ¡Qué torpe ha de haber sido para amar a un tonto, ...a un inmundo tonto!

-Pero, ¿por qué no habría de decírmelo? ¿Por qué tenía que descubrirlo yo mismo?...

-Porque no eras capaz de recibirlo. Porque en medio de tu pequeñez no estabas en estado de gracia para recibir semejante don. No puedes vivir porque jamás has mirado a la vida. Tú aplastas lo bello en las rocas de tu hediondo orgullo. Me gustaría saber si alguna vez serías capaz de comprender.

Friend Ed permanecía de pie, alto como una torre sobre Joe Saul; y de pronto, sin previa advertencia alguna, le dio una bofetada. Fue una bofetada empapada del más profundo desdén.

Los ojos de Joe Saul quedaron desmesuradamente abiertos. Sus manos ascendieron lentamente y fueron a tocar la mejilla, que iba enrojeciendo. Y luego miró sus dedos. Su cuerpo se hundió paulatinamente en el sillón; pero los ojos, abiertos a impulsos del asombro, la confusión y el dolor, no apartaron su mirada del semblante de Friend Ed.

Y la boca de Friend Ed temblaba y sus ojos reflejaban tristeza. Se arrodilló junto al sillón y rodeó los hombros de Joe Saul.

-Te he dado todo cuanto puede dar un amigo, Joe Saul..., inclusive el desprecio, y eso es lo más difícil de todo - y luego añadió-: No escuchaste lo que yo tenía que decirte. Zarparé a medianoche. Hice todo cuanto estuvo a mi alcance..., absolutamente todo. Ahora te encontrarás solo en tu propio océano tenebroso. Quizá el alma exija la destrucción de todo cuanto es bello en torno a tu persona para conservar tu pequeña integridad. Pero yo siempre abrigué la esperanza de que fuese un alma algo más valiente que la tuya, Joe Saul. ¡Es tan fácil dar una cosa!... Solamente los grandes hombres tienen el valor y la cortesía y, sí, la generosidad, para recibir.

Joe Saul miraba sin ver, apartándose de Friend Ed; y luego cerró sus ojos.

Friend Ed siguió hablando:

-Ahora estás solo. No sé qué harás o pensarás. Pero no puedo creer, no puedo pensar, que toda mi vida haya podido constituirme en el amigo de la mezquindad.

La mirada de Joe Saul seguía vagando por el infinito y luego volvió al presente.

-¡No me abandones, Friend Ed! Te lo pido por Dios. ¡No me abandones! Tengo miedo. No sé qué hacer - su voz era como una plegaria -. No me dejes solo.

Friend Ed habló con dulzura:

-Ya te lo he dicho. Tengo orden de zarpar. Debo emprender el viaje.

-Tengo miedo. No sé qué hacer.

-Ignoro lo que harás, Joe Saul. Pero sí me atrevería a abrigar la esperanza de que te quedará algún resto de grandeza. Dicen que los hombres lisiados tienen compensaciones que los vuelven más fuertes que los fuertes. Yo podría desear que tú supieras y comprendieras que eres el marido y el padre del amor. Este don que has recibido se encuentra más allá de la

remota esperanza de la mayoría del género humano. No se trata de que te esfuerces por disculpar o buscar explicaciones. Lo que deberías..., lo que debes hacer... es buscar en tu sombrío espíritu lisiado la bondad y la generosidad para recibir.

Joe Saul lo miraba atónito.

-¿Estás seguro de que me estás diciendo toda la verdad, Friend Ed?

-Estoy seguro... ¡Oh, vaya si estoy seguro! Pero tú..., si alguna vez necesitas seguridad, tienes mucho camino que recorrer en la penumbra.

Joe Saul dijo:

-Es un sendero nuevo y desconocido. Ignoro si seré capaz de encontrarlo por mis propios medios.

-Jamás lo descubrirás de otra manera. ¡ Ea, despídete de mí, Joe Saul! Deséame algo bueno antes que zarpe, y deséatelo a ti también..., que te mantendrás alejado. ¡Ánimo, Joe Saul! Da el primer paso. ¡Arriba, Joe Saul!

Sus manos ejercieron suave presión en los hombros del amigo y casi lo obligaron a abandonar su asiento. Friend Ed tomó la gorra de Joe Saul, que seguía en la mesa. La puso en su cabeza y la enderezó. Y abrochó los dos botones dorados del uniforme.

Joe Saul musitó, con voz entrecortada:

-Friend Ed...

-¡Silencio! Tendrás que realizar la tarea por tus propios medios. Tendrás que ejecutar el trabajo... completamente solo.

Empujó a Joe Saul y juntos llegaron hasta la barandilla. Y luego Friend Ed regresó y permaneció en el umbral de la puerta, mirando a Mordeen en los ojos. Y se inclinó a impulsos del respeto y del cariño. Acto continuo, se alejó rápidamente. Joe Saul quedó allí con la mirada fija en su silueta.

Mordeen se levantó y anduvo hasta la puerta; y entonces una violenta convulsión la sacudió y la doblegó, y otra la obligó a caer arrodillada. Luchaba y se revolvía por el piso, y por fin comenzó a gritar roncamente en trance de parto. Joe Saul penetró corriendo.

-Mordeen - clamó. La vio retorcerse en el piso. Corrió hasta ella y la atrajo hacia su pecho. Echó la cabeza hacia atrás y gritó-: ¡Víctor! ¡Víctor, venga, apresúrese, maldito sea! ¡Víctor, venga a ayudarme!

Librodot

ACTO TERCERO

ESCENA SEGUNDA

EL NIÑO

La pequeña y cuadrada habitación era blanca, impersonal, desprovista de decoraciones, una celda, una caja esterilizada con una amplia puerta en uno de sus lados. Y en su centro se erguía una cama de hospital y una mesita de noche, con un vaso de agua con un tubito de vidrio. El cuarto era silencioso y a prueba de ruidos, secreto y apartado de todo el resto del mundo.

Mordeen yacía en la cama, con el cabello extendido sobre la almohada; y un paquetito, silencioso y cubierto, se encontraba junto a ella. Su rostro se hallaba protegido por una máscara de gasa, y ella permanecía muy quieta, pese a que su respiración ya áspera y que su pecho subía y descendía con energía, en el esfuerzo por llevar una ráfaga de aire puro hasta los pulmones. Luego su cabeza se movió de un lado a otro; balbuceó algunas palabras y dejó escapar quejidos suaves, luchando por salir del mundo de la inconsciencia creada por las drogas.

Se abrió la puerta, y él apareció bajo el dintel. Llevaba puestos una gorra y un largo delantal blanco. La cara, salvo los ojos, estaba cubierta por una mascarilla de cirujano. El hombre avanzó suavemente bajo la suave luz nocturna. Y después miró al pequeño bulto que yacía junto a la mujer. Su mano enguatada atrajo suavemente la colcha hacia un costado.

-¡Mordeen! -musitó.

Como si lo hubiese oído, ella llenó de aire sus pulmines y la cabeza volvió a moverse de un lado para otro.

-Muerto - dijo ella con voz cuchicheada-. Muerto... todo el mundo... muerto... Víctor muerto.

Él dijo:

-No, Mordeen. Muerto, no... Aquí estoy, vivo... siempre.

Ella movió la cabeza violentamente y con suave quejido dijo:

-Friend Ed... Yo quería..., yo quería que él tuviera su hijo. Yo quería..., pero está muerto. Todo está muerto.

Joe Saul dijo:

-Escúchame, Mordeen. Él está aquí... descansando. Ha tenido que realizar un gran esfuerzo y ahora duerme..., un poquito arrugado y muy fatigado..., y tiene una cabellera suave... - miró hacia bajo-. Y esta boca..., la dulce boca..., como tu boca, Mordeen.

Los ojos de ella se abrieron bruscamente, e hizo un esfuerzo por incorporarse en el lecho.

-Joe Saul, ¿dónde estás? Joe Saul, ¿por qué te alejaste? ¿Adonde fuiste?

Él la oprimió suavemente para obligarla a volver a la almohada. Tomó un paño de la mesa de noche y le secó la frente sudorosa.

-Aquí estoy, Mordeen. No me alejé; o, si así lo hice, he regresado. Aquí me tienes.

Y ella balbuceó:

-¿Quién murió, Joe Saul? ¿Murió Joe Saul?

-Estoy aquí -afirmó él-. Me alejé a impulsos de una locura; pero aquí me tienes de vuelta.

-Tal vez él no se entere nunca - dijo ella, como quien revela un secreto-. Acaso no adivine nunca. Tal vez Joe Saul esté contento-. Su pecho se contrajo y ella contuvo el aliento.

Él volvió a enjugarle la frente hasta que cesó la opresión en la garganta.

-Descansa - dijo -. No sé y, sin embargo, sé más. Sé que lo que parecía un prototipo que no debía modificarse carece de importancia. Mordeen, yo pensé, yo sentí, yo supuse que

Librodot

mi semilla particular tenía importancia sobre cualquier otra semilla. Creía que eso era lo que tenía que ofrecer. No es así. Ahora lo sé.

Ella dijo:

-¿Tú eres Joe Saul? Algo carente de rostro..., sólo una voz y una blanca ausencia de semblante.

-Yo creía que mi sangre tendría que sobrevivir..., mi ascendencia..., pero no es así. Mi conocimiento, sí..., el largo conocimiento recordado, repetido; el orgullo, sí, el orgullo y la calidez, Mordeen; la calidez y la camaradería y el amor, de manera que la soledad que usamos como una vestimenta gélida no siempre se encuentra presente. Ésas son las cosas que puedo brindarte.

-¿Dónde está tu rostro? - interrogó ella-. ¿Qué le ha sucedido a tu cara, Joe Saul?

-Eso carece de importancia. No es sino un rostro. Los ojos, la nariz, la forma del mentón..., yo creía que merecerían ser preservados porque eran míos. No es así. Es la raza, la especie, lo que debe seguir avanzando entre tropiezos. Sí, Mordeen, nuestra pequeña especie, fea, débil y fea, destrozada por locuras, violenta y belicosa, siempre con la sensación del mal..., la única especie que conoce la perversidad y la practica..., la única que se da cuenta de la limpieza, no obstante ser sucia, que conoce la crueldad y, sin embargo, es intolerablemente cruel.

Ella intentó incorporarse, hizo un esfuerzo por sentarse en la cama.

-Joe Saul, el niño nació muerto.

-El niño vive - afirmó él -. Eso es lo único que importa. Quédate tranquila, Mordeen. Quiero que permanezcas quieta y descanses. Yo he penetrado en una especie de infierno y he salido de él. La chispa continúa..., una nueva chispa humana..., el único ser de su tipo en cualquier parte..., que ha luchado sin fuerza cuando todas las fuerzas del colmillo y la garra, de la tormenta y el frío, del rayo y el microbio estaban contra ella, que luchó y sobrevivió; sobrevivió inclusive a despecho del instinto de la autodestrucción.

-¿Dónde está él?

-Dirige tu mirada hacia abajo. Ahí lo tienes durmiendo para darme una lección. Nuestra querida raza, nacida sin valor pero muy valiente; nacida con una inteligencia vacilante, pero que sin embargo lleva la belleza en sus manos. ¿Qué animal ha hecho la belleza, la ha creado, salvo nosotros? A despecho todos nuestros horrores y nuestras faltas, en alguna parte de nosotros hay un resplandor. Éste es el más importante de tods los hechos. *Hay una llama viva*.

Ahora sus ojos comenzaban a despejarse y el cerebro surgía de la gran nube gris del éter.

-Tú eres Joe Saul - dijo-. Tú eres mi esposo... ¿y lo sabes?

-Lo sé- ratificó él-. Fue preciso que avanzara por las tinieblas para saberlo..., para saber que cada hombre es el padre de todas las criaturas y que cada niño debe tener a todos los hombres por padres. Ésta no es una pequeña partícula de propiedad particular, inscrita, limitada por cercas y estacadas. ¡Mordeen! Éste es *el Niño*.

Mordeen dijo:

-Está muy obscuro. Enciende la luz. Déjame tener luz. No puedo verte la cara.

-¡Luz! - repuso él-. ¿Quieres luz? Yo te la daré.

Arrancó la máscara que le cubría la cara, y su semblante brillaba, y no era menor el brillo de sus ojos.

-Mordeen - musitó -. Amo al niño. - Su voz aumentó volumen y ahora hablaba con plena sonoridad -: Mordeen, amo a nuestro hijo. - Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito de triunfo -: Mordeen: *amo a mi hijo*.